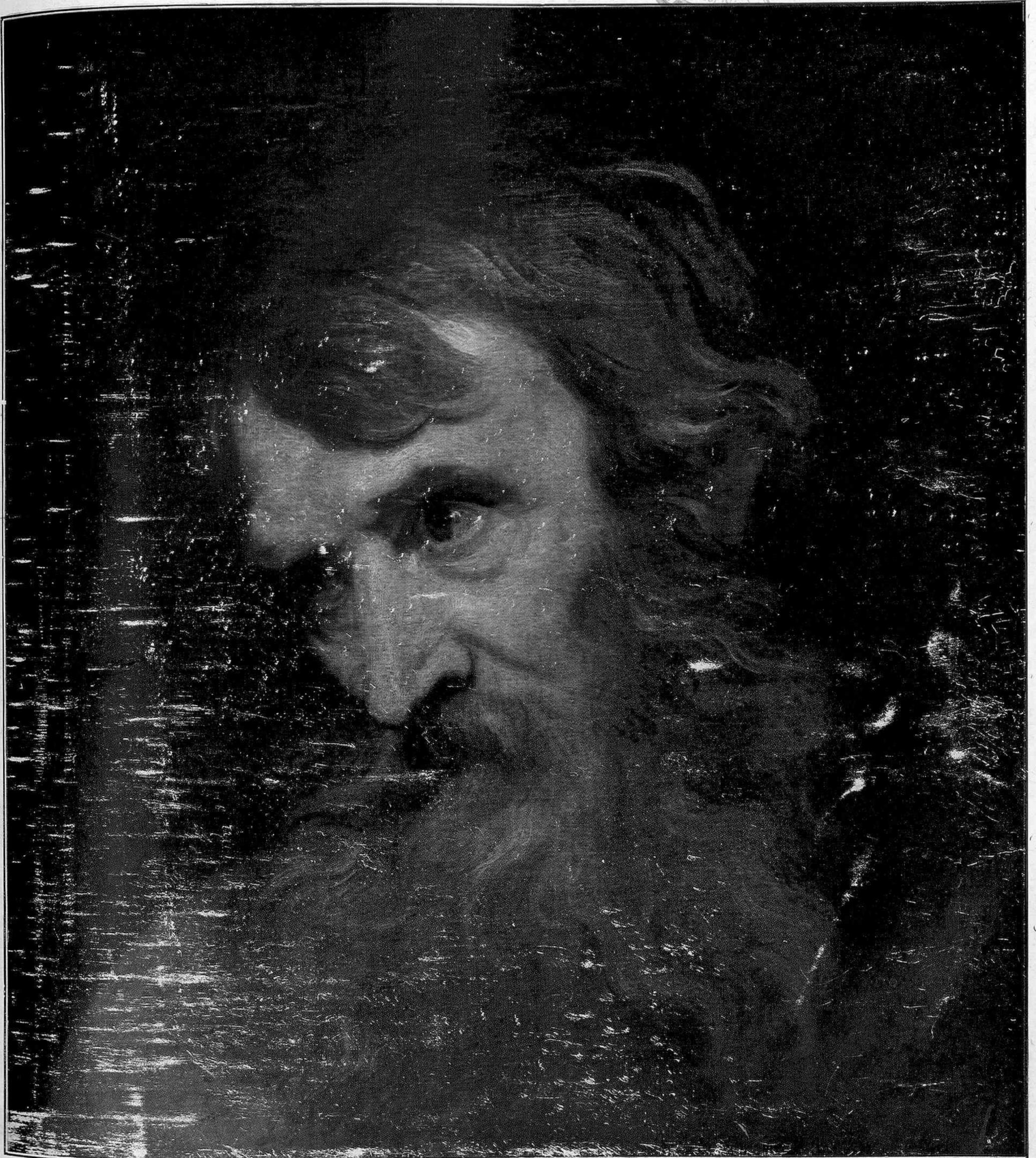


La Esfera

Año X N.º Núm. 515

18 NOV. 1923

Precio: Una peseta



CABEZA DE VIEJO, estudio de Van Dyck, que se conserva en el Museo Nacional del Prado

Además de
EL JEFE POLÍTICO

lea usted

... A besos y á muerte

Los dos últimos magistrales libros de

"El Caballero Audaz"

Éxitos sin precedentes en la literatura española

PEDIDOS A

"RENACIMIENTO" Preciados, 46, Madrid



En
todas
edades



LA
CRÈME SIMON
PARIS

no tiene rival para el cuidado y embellecimiento de la piel. Extenderla sobre la epidermis húmeda.

POLVOS y JABÓN



ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES

LA OTRA RAZA

por

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(Dibujos de Penagos)

es el título del número que

LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

25 céntimos ejemplar en toda España



Revista popular
:: ilustrada ::

NUEVO MUNDO

50 céntimos
en toda España



HAUTANA ES EL PERFECTO SOSTENEDOR DE PECHO CONFECCIONADO EN DIVERSAS CALIDADES DE TEJIDOS DE PUNTO, DE ALGODON Y SEDA

El sostén HAUTANA es dechado de perfección y elegancia, de corte inimitable y confección esmeradísima

BARCELONA: Villa de Pará, Fernand, 32; Grandes Almacenes «El Siglo».—MADRID: Almacenes Rodríguez, Gran Vía; Altisent y Compañía, Peligros, 20; Ruiz de Velasco, Mayor, 11.—SAN SEBASTIAN: Gregorio Landazabal, Garibay, 24.—GIJON: Piñera Hermanos, Corrida, 30.—AVILES: Casa Herminio.—CORUÑA: Constantino Fernández, San Andrés, 51.—VIGO: Albino Piñeiro, Príncipe, 1.—SEVILLA: Rafael Labat, Alvaraz Quintero, 14

ÚNICOS IMPORTADORES:

Muller y Compañía. BARCELONA. Aviñó, 20. Apartado 51

DÍAZ FOTOGRAFÍA :: DE ARTE ::

Fernando VI, 5.—Madrid



CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO



Secret d'Or Francy

El perfume de moda

Perfumeria - Francy

MADRID - APARTADO - 532

Y EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERIAS

**MAQUINARIA
DE UNA
FABRICA DE HARINAS**

con molturación
de 15.000 kilos

SE VENDE

DIRIGIRSE A

D. José Briales Ron
San Antonio.—Camino de Churriana
MALAGA

CAMISERÍA
ENCAJES
BORDADOS
ROPA BLANCA
EQUIPOS PARA NOVIAS

ROLDÁN

FUENCARRAL, 85

TELÉFONO 35-80 M.

MADRID

HOUBIGANT

Paris

PARFUM INCONNU

Perfume

Agua de Tocador

Sales para Baño

Brillantina

Loción

Polvos

Talco



Lea Ud. todos los viernes

**Nuevo
Mundo**

50 cénts. en toda España

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 **BARCELONA**
Despacho: Unión, 21



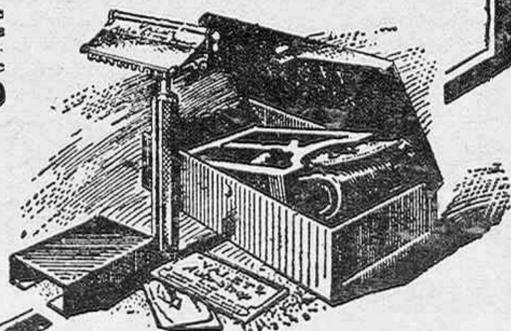
Máquina de afeitar
"VALET"
Auto Strop

El secreto de afeitarse bien está en tener las hojas bien afiladas. Las hojas "Valet" son las más cortantes del mundo, pero pronto perderían su filo si no fuera por el dispositivo automático para el afilado, que constituye la característica principal de la máquina de afeitar "Valet" Auto Strop. En el espacio de sólo diez segundos (sin tener necesidad de sacar la hoja), el novato más torpe puede obtener un filo que no podría hacer mejor el barbero más experto. Las hojas duran meses en el estado más satisfactorio, y la máquina es tan fácil de limpiar como de afilar.

Modelo "C" No. 101. Contiene una máquina "Valet," tres hojas y un cuero afilador, todo presentado en un bonito estuche de metal negro. **A pts 12.50**

De venta en todas partes.

Al por mayor:
CASA HASSINGER, S. A.,
Balmes 75. BARCELONA.



Para anunciar en esta Revista,
diríjase á la Administración de
la Publicidad de Prensa Gráfica

"PUBLICITAS"

Avenida Conde Peñalver, núm. 13, entresuelo.
Apartado 911 ••••• Teléfono 61-46 M. ••••• MADRID

Casa en Barcelona: Ronda San Pedro, 11, pral.
Apartado 228 ••••• Teléfono 14-79 A.

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO

AL

ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



HESPERIA

Revista teosófica y poligráfica

Buen Suceso, 18 dupl.º, 5.º izq.ª
MADRID

Esta importantísima Revista, única en su género en los países de habla castellana, y que dirige el insigne Dr. Roso de Luna, ha entrado ya en el segundo año de su publicación.

Precio de subscripción en España:
10 ptas. al año y **12** en el Extranjero.
Hay colecciones completas del año 1.º al precio de **10 ptas.** Descuento del 25 por 100 á librerías y corresponsales.



TINTAS

LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 **BARCELONA**
Despacho: Unión, 21

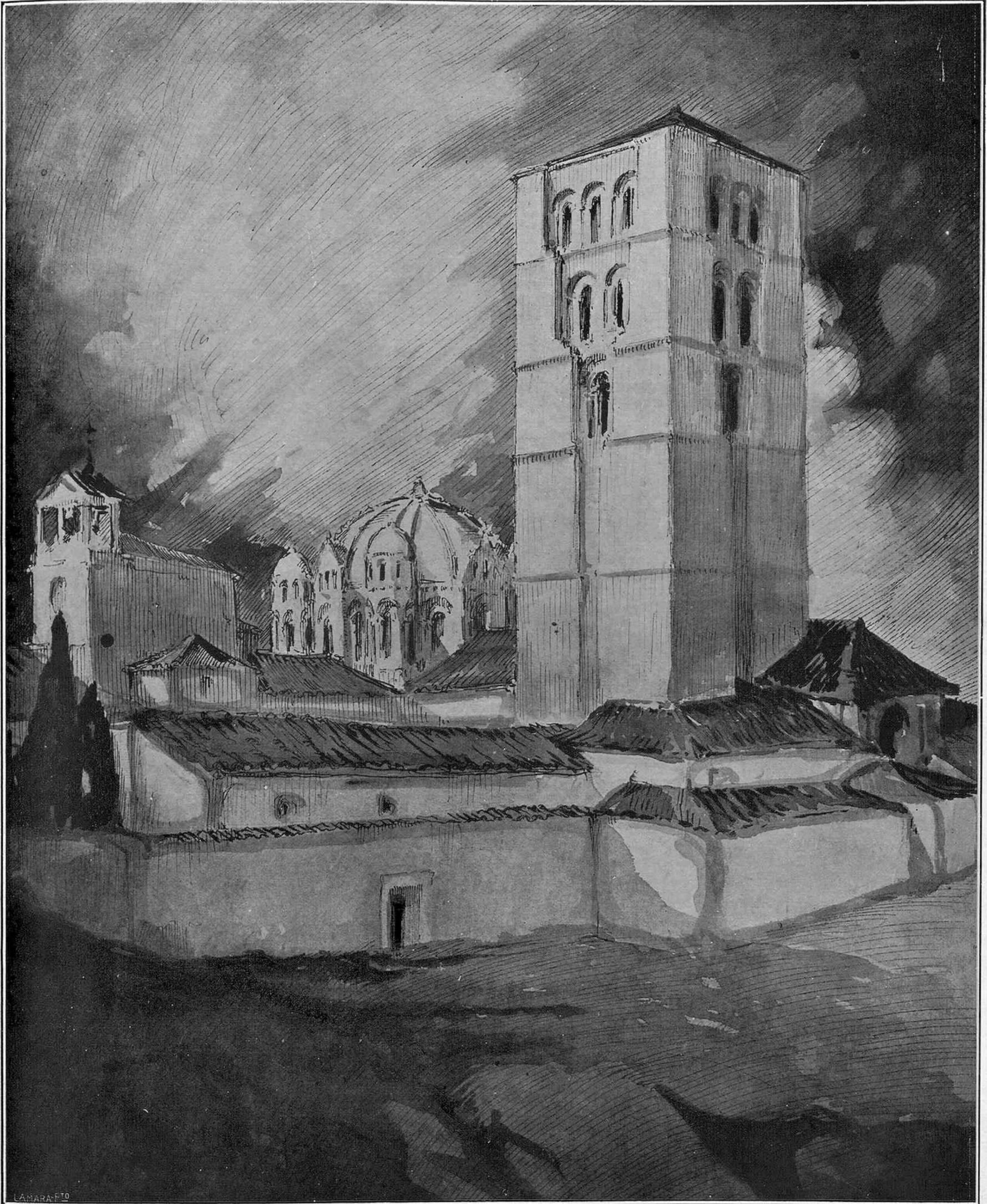
La Esfera

Año X.-Núm. 515

Madrid, 17 Noviembre 1923

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



La torre del Salvador de la Catedral de Zamora
Dibujo de Bráñez

DE LA VIDA QUE PASA LA ASUNCIÓN DE ELEONORA DUSE

EL DÓLAR SE ENNOBLECE

UN fenómeno de alta espiritualidad se ha producido en Nueva York, sembrando el mundo artístico de ejemplaridad ética. Eleonora Duse, á los sesenta y cuatro años, en un ocaso físico lamentable, ha llenado el Teatro Metropolitano de la Opera, siendo frenéticamente aclamada por espacio de veinte minutos.

El local, con 4.500 espectadores—que dejaron en la taquilla más de treinta mil duros—, retrembló con la apoteosis formidable. La Duse, anciana ya, interpretó *La Dama del Mar*, cuya protagonista representa menos de treinta años. El milagro de sugestión escénica arrebató al pueblo del dólar. Y el Espíritu, por virtud del Arte, imperó sobre la Materia.

Tan noble maravilla ungue de espiritualidad, así á la Duse como al pueblo que la aclama, á la causa como al efecto. Ha sido menester un público de comerciantes, industriales, mercaderes; un público de gentes positivistas y presurosas; un público sin tradiciones artísticas ni literarias, para que las arrugas y las canas se trocasen en juventud y belleza. La vieja presumida Europa, pensativa desde su trono, asentado en la Historia y en la Cultura, cede su cetro taumatúrgico á la joven nación de los rascacielos y de los *truts...*

¿Será que el Arte, hijo de la Riqueza, se traslada del Continente exhausto al Continente exuberante? Cuando se considera que la Duse, en su última excursión por Italia, pese á las tradiciones, al temperamento popular y á la Prensa nacionalista, sufrió la triste revisión de su agotamiento físico, esta magna apoteosis de Nueva York entraña virtudes proféticas.

Ese estupendo neoyorquino que pagó por una butaca cincuenta esterlinas en oro, ¿no revive en su noble munificencia el alma del Renacimiento, palpitante en los libros de Vasari y de Gobineau?

UNA OFRENDA ESTUDIANTIL

Fué en Madrid, desde el «paraíso» de Apolo, bajo el romántico penacho estudiantil, entre una guardia joven de poetas, cuando, ilusionados y atónitos, hicimos la primera ofrenda de emoción á Eleonora Duse. Fué la Duse nuestra primera novia fantástica. Era ya un sol poniente y fulguró, como radiante mediodía, en nuestro corazón colegial.

Traía todos los prestigios, todas las seducciones del Arte. Era algo más que una hermosura, puesto que era el amor de Gabriel D'Annunzio, y algo más que una fama, puesto que subyugaba al escándalo.

Su alta dignidad escénica ostentaba el nimbo fabuloso de los precursores. Por su boca augural supimos de Ibsen y de Maeterlinch, esto es, del santo advenimiento dramático. Y ella, que había revestido clásicamente la túnica de *Fedra* y de *Casandra*, prestó elocuencia y emoción al comedor moderno de *Interior*, y á los guantes inquietos de *Hedda Gabler*.

Fué la Pythia, la Iniciadora, la Reveladora. Su dearquía, de enamorada y de actriz, ni tuvo ni ha tenido par. Así, cuando una noche la guardia joven de poetas acudió á despedirla al surexprés, aquel ramo de flores costeado por subscripción universitaria era, en «las bellas manos», más suntuariamente lírico que el cetro de Belkis y el anillo de Scherazada.

LA PENSIONISTA ERRANTE

Dos años ha la pompa de Eleonora Duse se deshojó en un epitafio periodístico: «Para tener derecho á la pensión que le corresponde co-

Ante la pensionista enlutada que, ocultando en el velo de su viudez toda la angustia de un hogar, presenta al ventanillo del Tesoro su documentación en regla, surgía, opulentísima, triunfal, la actriz que, atravesando Europa, viajaba en coches-camas y en yates, desde Milán á Cristianía, y era recibida en la capital noruega por el genial gruñón de Nora y de *La Dama del Mar*.

Sensibilidad inagotable reflejaba, como un fiord escandinavo las nubes tempestuosas y los cielos de luna clara. Era la inspiradora inmortal de *Il Fuoco* y la creadora memorable de *Hedda Gabler*. Tenía el alma supersticiosa de la *Hija de Yorio* y la pasión votiva de *Monna Vanna*. Rugía con las profecías de *Cassandra* y con las rebeldías de Nora.

¿Cómo explicarse el avatar? Cuando Gabriel D'Annunzio, embriagado de lujo y sabiduría, emuló al Rey de los *Proverbios*, haciendo de la Capocina una suntuosa minuatúra de Jerusalén, la Duse llegó al parque, escoltada de caballeros con casaca roja y jaurias, abrumada al peso de las joyas, como otra Reina de Saba...

No hubo mujer contemporánea tan halagada y refulgente. No presenciaron nuestros tiempos previos una imprevisión tan magnífica. No se atavió nunca, en nuestra época, cuerpo femenino tan pomposa y soberbiamente como el cuerpo de Eleonora Duse.

¿Y era posible que reinado tan espléndido, proclamado por esa trinidad genial de Ibsen, D'Annunzio y Maeterlinch, acabase en un pagaré de pensionista?

La noticia, por suerte, no se confirmó. Eleonora Duse siguió en Italia. Desamparada, envejecida, heroica en su vejez de Belisario, reemprendió sus jornadas tristes bajo la indiferencia nacional...

LA ASUNCIÓN

Y he aquí que de repente, muerta ya en el hogar y en el escenario, Eleonora Duse resucita. Un empresario perspicaz se la lleva á París, á Londres, á Nueva York. Los teatros se llenan, como á un conjuro. Algo maravilloso, sobrenatural, preside la estupenda metamorfosis. Apenas pisa el escenario, se cambia, se rejuvenece, como Anteo al pisar la Tierra. Diríase que Aladino le prestó el poder de su lámpara, ó que un mago del Ariosto le dió algún filtro hechizador. Lo cierto es que las muchedum-

bres, estupefacias, en lugar de Duse apagada, decrepita, lastimosa en su senectud, se encuentran frente á frente con la Duse genial, enérgica, magnífica, que las emociona y avasalla, como un torrente espiritual.

Y es que, por milagros del Arte, la materia pierde sus fueros. Como el Amor, como la Fe, el Arte, ciego de los ojos, sólo ve los campos del alma. Los campos, infinitos é inmortales, donde una voz es más aterradora que un trueno, donde un silencio es más agudo que un puñal...

Sobre estos campos del espíritu reina el espíritu sin años de Eleonora Duse, llevada, en asunción magnífica, por los arcángeles del Arte...

CRISTÓBAL DE CASTRO

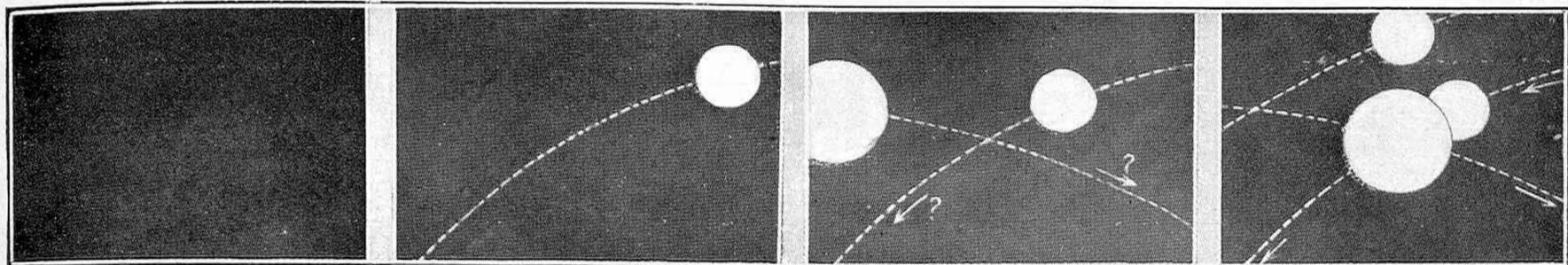


mo viuda del vicecónsul Checchi, la Duse acepta trasladar su residencia á la Argentina.»

He aquí, en tres líneas impávidas, la tragedia real de la gran trágica. He aquí las deslumbrantes llamas del *Il Fuoco*, trocadas en cenizas de Redacción. ¿Cómo y por qué funestas vías la que fué reina del teatro universal, pareja del poeta más grande, intérprete genial del genio, pudo dar en el hoyo profundo, en la fosa común, de las pensionistas?

La caída social de Eleonora Duse, precipitada del Olimpo escénico á los pasillos de una oficina pública, era un dolor humano digno de una estampa de Holbein ó de una copla de Jorge Manrique.

CURIOSAS PARADOJAS RELATIVISTAS



El espacio no es nada ni significa nada sin materia

Un simple cuerpo en el espacio no tiene movimiento aparente

Dos cuerpos en el espacio plantean el problema de la distancia en re simbos

Un tercer cuerpo en el espacio supone que los dos anteriores realizan movimientos relativos

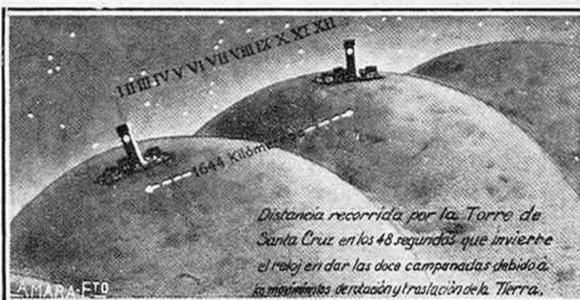
Interesante contribución al estudio de las nuevas teorías einsteinianas, que tanto apasionan a los hombres de Ciencia, es el artículo que á continuación reproducimos, traduciendo de «The Sphere», de Londres. En dicho trabajo, compuesto con fines de vulgarización de las afirmaciones relativistas, su autor, el ilustre Hugh Elliot, con estilo claro y verbo preciso, trata de algunos de los fascinadores problemas y curiosas paradojas planteados por las discutidas investigaciones del sabio alemán.

La conclusión adoptada por los partidarios de Einstein es un poco desconcertante. Recordémosla. «El Universo—dicen los relativistas—es finito, y, sin embargo, no tiene límites.» No se negará que la anterior conclusión lleva todas las de la ley para ser calificada de verdadero rompecabezas científico. Intentemos descifrarlo. Y por vía de prólogo, he aquí otra paradoja sentada por la relatividad. Se nos dice que un globo de agua cuyo radio fuese de 350 millones de millas llenaría la totalidad del espacio. De modo que si en este globo de agua hubiese un pez y este pez tuviera el don de la inmortalidad dedicando sus ocios á nadar siempre en la misma dirección, jamás llegaría á los límites del globo. Esto es: el pez no terminaría su carrera en ninguna parte, por la razón elemental de que no habiendo sino agua dondequiera, consistiendo *todo el espacio* en agua, lo que no fuese este líquido sería *ninguna parte*. Con lo que el infeliz habitante de la gigantesca pecera se hallaría en la misma perplejidad que una hormiga dando vueltas sobre la superficie de una bola de billar. Por muy lejos que vaya y en cualquiera dirección que marche no tendrá mayores probabilidades de escapar al final de la jornada que al principio. Estas ideas, mejor diríamos estas verdades, no podrán ser comprendidas mientras concebamos el espacio como una cosa real y absoluta. El espacio no es *real* ni *absoluto*; es una concepción de la inteligencia humana; algo puramente convencional inventado para registrar distancias. ¿Qué sabemos acerca del espacio? Nada. Sólo sabemos acerca de la materia; y si el Universo estuviese vacío, entonces no habría Universo; si la totalidad del espacio se hallase *sin nada*, no tendríamos *nada* que decir de él, porque en él no habría nada; no existirían esas cosas que denominamos *tiempo* y *distancia*. Ni podríamos preguntar: «¿Es el espacio infinito?», en cuanto el *espacio* por sí mismo no es nada. El problema de si el espacio tiene un fin carecería de significado, desde el momento en que no hay nada donde llegar á ese término.

Supongamos ahora que el Universo consistiese en un globo de materia. ¿Por qué medio conseguiríamos averiguar si se mueve ó permanece inmóvil? A la verdad, ningún experimento realizado en el mismo globo tendría utilidad para nosotros, ya que es un axioma científico que todo marcharía exactamente del mismo modo, lo mismo si el globo se mantuviese inmóvil que si se trasladase á la velocidad de dos

millones de kilómetros por hora. A nosotros, los habitantes de la Tierra, nos consta que nos movemos, por comparación con otras cosas que se mueven; v. g.: el aire que pasa silbando junto á nuestros oídos. Si cuanto nos rodea estuviese quieto, si no hubiese aire, si careciésemos de objetos de referencia, resultaría en absoluto imposible dicho conocimiento. La Tierra y el sistema solar se mueven, en efecto, á la velocidad de 26 kilómetros, próximamente, por segundo. No obstante, los lectores de este trabajo quizá ignoren que han viajado varios cientos de kilómetros desde que empezaron á hacerlo. Y lo ignoran porque eso sólo puede saberse mediante la comparación con otros objetos que no participen del referido movimiento; las estrellas, por ejemplo.

Ahora bien: si no hubiese más que un cuerpo en el espacio, sería completamente imposible afirmar que se mueve ó que está inmóvil; que



Distancia recorrida por la torre de Santa Cruz en los 48 segundos que invierte el reloj en dar las doce campanadas, debido á los movimientos de rotación y traslación de la Tierra.

se acerca á algo ó se aleja de algo, porque no existe nada adonde aproximarse ó de donde alejarse. En un Universo así el movimiento no sería, por consiguiente, sino una concepción imaginaria. Pero admítase, en cambio, la aparición de un segundo cuerpo y se verá que seguidamente el movimiento es algo real, ya que ambos cuerpos pueden estar más ó menos próximos ó distanciados entre sí. Lo triste es que nuestro conocimiento se encuentra ante un obstáculo infranqueable, puesto que no nos es dado averiguar además si los cuerpos se mueven en línea recta ó en línea curva. De esto sólo podremos cerciorarnos con la admisión de un tercer cuerpo que nos sirva de punto de referencia. En un Universo que sólo constase de dos mundos, el único cambio de posición que podría ocurrir es el de su distancia aumentada ó disminuida. Es claro que existiendo más cuerpos en un Universo, se hacen posibles movimientos de carácter más complicado.

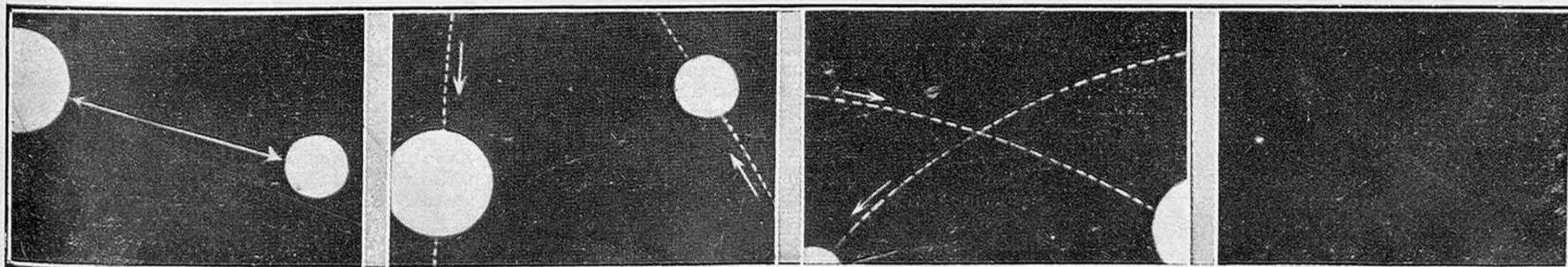
De todo lo dicho se infiere que el movimiento absoluto no existe; que el movimiento es una

mera palabra inventada para expresar ciertas relaciones entre cuerpos. Por consiguiente, donde no hay cuerpos no hay movimiento. Nuestra idea del espacio es una concepción generalizada acerca de algo á través de lo que se mueven los cuerpos. Y si el movimiento no es una cosa real, sino una propiedad de la materia, dedúcese que tampoco el espacio es una cosa real, sino también una propiedad de la materia. En suma: que el *espacio* como el *movimiento* son *relativos*. El *tiempo* es sencillamente el sistema de medir intervalos entre hechos. Suprimáanse estos hechos y no habría intervalos, y sin intervalos no habría tiempo. El espacio y el tiempo dependen de la materia; este es el punto capital del principio de relatividad.

Otro aspecto de la relatividad que aparece intrincado á primera vista es la amalgama del espacio y el tiempo en una cosa llamada *espacio-tiempo*. Intentemos aclarar el problema. Por lo que al espacio se refiere, hemos convenido en medir los objetos en tres direcciones en ángulos rectos, que bautizamos con los nombres de altura, longitud y ancho. Y cuando tratamos de definir exactamente la posición de un punto en el espacio, hemos de dar siempre tres medidas de distancia. Ocurre, sin embargo, que las tres dimensiones de la materia son ni más ni menos que un rudimentario artificio matemático ideal para medirla; de ningún modo son una parte inherente de la materia misma. Por lo que al tiempo se refiere, basta para indicarlo una simple medida. Al decir que un acontecimiento ocurrió mil años después del nacimiento de Jesucristo, sin duda fijamos una fecha. En cambio, si afirmamos que acaeció á dos mil kilómetros de Bethelehem, el lugar permanece dudoso. No hay razón fundamental por la que haya de ser medido el espacio con arreglo á tres dimensiones y el tiempo sólo con una. Si ello se hace así es sólo porque es el medio más sencillo. Mas esto no puede tener aplicación en el dominio de las matemáticas puras, donde resulta más fácil abolir las convenciones elementales acerca del espacio y el tiempo; y en vez de dividir el Universo en esos dos departamentos, se procede á dotarle de cuatro dimensiones y á medirla como un todo.

Ciertamente, ello no altera en lo más mínimo la realidad de lo existente. El relativismo einsteiniano no es en esencia, sino un sistema matemático de abordar el problema del Universo; si ha podido sorprender á las gentes es porque no se hallan éstas familiarizadas con las matemáticas puras. El Universo no tiene ni tres ni cuatro dimensiones; podemos atribuirle tantas como nos convengan, á sabiendas de que ello no es sino un artificio tan lejano de los hechos reales como suele estarlo el nombre de las cosas con su verdadera naturaleza.

HUGH ELLIOT



Aunque los dos cuerpos centrales del núm. 4 parecen estar juntos, pueden hallarse separados por millones de kilómetros

Su movimiento no es forzosamente paralelo, sino convergente hacia un punto del espacio

Los dos cuerpos planetarios se alcanzan en el espacio, apartándose luego

El espacio y el tiempo vuelven á no tener materia, con lo que desaparece el término de comparación ó medida

LA NUEVA CATACUMBA

VAMOS, Burger—dijo Kennedy—, á ver si tiene usted confianza en mí.

Los dos estudiantes habían venido á Roma con motivo de sus estudios arqueológicos. La habitación de Kennedy, suntuosamente amueblada y con vistas al Còso, estaba abarrotada de recuerdos inestimables de la antigüedad romana. La fama del inglés Kennedy era mundial, y su fortuna, unida á su brillante inteligencia, le habían conducido rápidamente hacia el triunfo. El hermoso rostro, la frente ancha y blanca, la nariz fuerte, los labios gruesos y sensuales del estudiante, revelaban claramente las fuerzas y las debilidades de su temperamento.

Su compañero Julius Burger era un tipo muy distinto. Nacido de padre alemán y de madre italiana, se reunieron en él las cualidades de energía de las gentes del Norte y la gracia suave de las del Mediodía; sus ojos azules eran de teutón, lo mismo que su frente cuadrada y su mandíbula prominente y maciza; pero en su mirada leal y en su franca sonrisa había á veces un leve matiz de astucia italiana que bien podía ser sencillamente un reflejo de atavismo sin influencia profunda sobre su carácter.

Tenía la misma edad que su camarada, y su fama no era inferior á la de éste. Pero su existencia no había sido tan fácil; al contrario. Su estímulo por la gloria había sido sostenido por la necesidad de luchar contra la aridez de la miseria. No era un hombre de mundo, y á veces su limitación espiritual en cuanto no se relacionaba con la arqueología le hacía ser silencioso y parecer casi torpe.

La camaradería de los dos jóvenes llevaba camino de tornarse en amistad profunda; la semejanza de sus estudios y de sus conocimientos les había atraído mutuamente; luego, la lealtad y la sencillez del alemán habían encantado á Kennedy, y la vivacidad de espíritu y el brío irresistible del inglés cautivaron á Julius Burger.

—Vamos, Burger—repitió Kennedy—, tenga usted confianza en mí.

Y designaba una cesta llena de heteróclitos objetos, en apariencia inútiles, pero que constituían curiosidades inapreciables para el ojo experto de un buen arqueólogo.

—No sacaré ninguna ventaja personal de sus pesquisas; pero me alegraría que me dijera usted dónde las ha practicado. Es éste un descubrimiento de suma trascendencia, que no puede menos de producir sensación en la Europa científica.

—Por cada inscripción de las que he traído existen allí un millón de ellas—dijo el alemán.

—Esto me da á entender que ha descubierto usted una nueva catacumba.

—Ya suponía yo que llegaría usted á esta conclusión.

—Solamente en una catacumba se puede encontrar semejante colección de reliquias.

—Es verdad, y no lo oculto; sí, he descubierto una nueva catacumba.

—¿Dónde?

—¡Ah! Este es mi secreto, querido Kennedy. Sepa usted solamente que no hay probabilidades de que otro la descubra. Esta catacumba, ante-

rior á todas las conocidas, estaba reservada para sepultura de los cristianos de alto rango. Si sus conocimientos no fuesen tales, no dudaría en revelarle los detalles; pero obraré con prudencia redactando mi relación antes de exponerme á semejante competencia.

La pasión de Kennedy por sus estudios llegaba casi á la locura.

—Vamos, Burger—repitió muy serio—: le

de mi intimidad; y si yo le hiciese á usted preguntas de un orden íntimo, ¿me contestaría usted?

—¡No comprendo lo que quiere usted decir!— exclamó el joven inglés—Pero si me quiere dar á entender que me contestará usted con la condición de que yo conteste á alguna pregunta suya, puedo afirmarle que me alegraré serle agradable en lo que pueda.

—Pues entonces—dijo Burger lanzando flemáticamente una bocanada de humo—, hábleme usted de sus relaciones con miss Mary Saunderson.

Kennedy se puso en pie de un salto y miró furiosamente á su impertérrito amigo.

—¿Qué significa esto?— exclamó—Si es una broma, la encuentro de pésimo gusto.

—No es una broma—repuso el otro gravemente—. Los detalles de su intriga me interesan enormemente. Conozco poco el mundo, las mujeres y las formas sociales. Le conozco á usted; á ella la he vislumbrado una vez ó dos. Me gustaría saber lo que ha ocurrido entre ustedes.

—No diré una palabra.

—Está bien. Usted no revela su secreto y yo callaré mi descubrimiento. Ya han dado las diez; es hora de que me vaya á mi casa.

—No, espere usted, Burger. Realmente es el suyo un capricho absurdo. Ya sabe usted que el hombre que abraza á una mujer y lo cuenta es considerado como un cobarde y un miserable.

—Esto es verdad cuando se trata de una muchacha de quien nadie ha hablado todavía. Pero la aventura ha sido pública, y ya sabe usted que ha hecho ruido en Roma. Por lo tanto, sus revelaciones no podrán causar perjuicio alguno á miss Saunderson. En fin, respeto sus escrúpulos... Buenas noches.

—¿No podía usted pedirme, á cambio de su confidencia, algo que fuese menos... excéntrico?

—No; y ya que usted me ha negado lo que le pedía, hemos hablado bastante.

Pero cuando el inglés vió á su compañero dirigirse hacia la puerta con la cesta bajo el brazo, se precipitó hacia él.

—¡Vaya!—dijo—Es usted realmente ridículo, pero me inclino ante su voluntad. Siéntese y dígame qué es lo que desea saber.

El alemán cogió un cigarro, lo encendió y muy tranquilo:

—¿Qué ha sido de la joven con quien tuvo usted aquella pequeña aventura?

—Ha vuelto con su familia.

—¡Ah! Usted perdona mi curiosidad; pero ya le digo que estoy poco al corriente de las costumbres del mundo.

Así, por ejemplo, debe de ser una cosa muy sencilla el fugarse durante tres semanas con una joven y devolverla luego á su familia; pero á mí eso me parece tan extraordinario, que apenas logro comprenderlo. Si realmente ha amado usted á esa muchacha, su amor no ha podido morir en tres semanas. De lo contrario, ¿por qué haber causado semejante escándalo, que ha estropeado la reputación de ella y le ha perjudicado á usted?

—Tiene usted razón, y habla usted con mucha lógica. Ahora, que... ella me gustaba..., aunque, bien considerado, no creo haberla amado.

—¿Entonces?



—¡Vaya!—dijo— Es usted realmente ridículo, pero me inclino ante su voluntad. Siéntese y dígame qué es lo que desea saber

aseguro que puede usted tener confianza en mi discreción; no tiene usted nada que temer de mí. Yo le prometo no revelar una sola palabra de lo que usted me confie.

Burger sonrió, incrédulo.

—He notado—dijo—que cuando necesito informes no está usted siempre dispuesto á proporcionármelos.

—¿Cuándo ha ocurrido eso? Acuérdesse usted que yo le proporcioné todos los datos para su famosa relación acerca del templo de las Vestales.

—Es verdad; pero aquello no tenía gran importancia. Esta nueva catacumba es casi algo

—Ya sabe usted lo mucho que me atraen las aventuras. Esta no ha pasado de ser un capricho. Ninguna caza me gusta tanto como la de una mujer joven y bonita. Además, ella era señorita de compañía de lady Rood; era casi imposible para mí verla á solas; los obstáculos me enardecen más que nada, y había uno sobre todo que me fascinaba: ella misma me confesó en un principio que ya tenía novio.

—¡Mein Gott! ¿Y quién era él?

—No me dijo su nombre.

—¿Y dice usted que esto hacía la aventura más picante?

—Sí. Era su pimienta. ¿No piensa usted lo mismo?

—Ya le he dicho que soy un ignorante en la materia.

—Además, ella me amaba.

—¿Así, en seguida?

—¡Ah, no! Necesité casi tres meses para conquistarla. Ella comprendió perfectamente que aun estando yo separado de mi mujer, me era imposible casarme con ella; sin embargo, se entregó á mí, y la verdad es que hemos pasado juntos momentos deliciosos.

—¿Y el otro?... ¡El novio!

Kennedy se encogió de hombros.

—Si hubiera valido más que yo, es probable que ella no le hubiera abandonado por mí.

—La última pregunta: ¿Cómo es que en tres semanas se hartó usted de ella?

—El amor no tardó en enfriarse por ambas partes. Además, ella no quería volver á Roma, porque la daba vergüenza, y la estancia en la capital es una necesidad absoluta para mis trabajos. Finalmente, su padre nos alcanzó en el hotel en Londres y nos hizo una escena sumamente desagradable. Todo eso era tan molesto, que no tardé en desear verme libre de nuevo. Cuento, ¿verdad?, con su absoluta discreción.

—Puede usted estar tranquilo. Esta historia me ha interesado vivamente, y ahora, si usted lo desea, yo le revelaré el secreto de mi nueva catacumba. Es inútil que le diga dónde se halla, porque no sabría usted llegar hasta ella. Es preferible que le conduzca yo mismo.

—Si usted lo desea, partiremos dentro de una hora. Podemos ir á pie; no está muy lejos, pero sería preferible ir separados; nunca sobran las precauciones; si nos vieran juntos, podrían sospechar algo. Citémonos á las doce en la puerta de la Vía Apia. Voy á mi casa á buscar cerillas, velas y todo lo necesario.

—Entendido, Burger. Es usted un buen amigo. Hasta luego.

Cuando Burger llegó á la cita envuelto en amplia capa italiana, Kennedy, que le esperaba, salió á su encuentro.

—¿No habrá usted avisado á nadie de nuestra excursión nocturna?

—No iba á ser tan tonto.

Sus pasos resonaban sobre las losas de la antigua vía romana; al llegar á la altura de las catacumbas de San Sixto, Burger se detuvo, encendió un farol y se encaminó por un estrecho sendero que bordeaban los pantanos de Campania. Cruzaron el montón de ruinas venerables de las antiguas arenas y, al fin, Burger volvió á detenerse ante una casa solitaria, sacando una llave de su bolsillo.

—Pero ¿es que la catacumba está ahí dentro?—exclamó Kennedy.

—La entrada, sí; por eso es imposible que nadie descubra mi secreto. El propietario me enseñó varios objetos que me hicieron sospechar que esta casa había sido edificada sobre la entrada de una catacumba. La he alquilado y he

practicado las pesquisas yo mismo. Pase usted.

Entraron en el establo. Sólo se veían los pesebres del ganado. En un rincón había un montón de tablas; los jóvenes las quitaron una á una y descubrieron así una antigua escalera de piedra que parecía descender á las entrañas de la tierra.

—Cuidado—dijo Burger, reprimiendo la impaciencia de su amigo—. Espere usted que traiga la luz. El que se perdiera aquí dentro tendría una probabilidad, entre cien, de salir vivo de este laberinto. He pasado muchos peligros hasta aprender á dirigirme, y siempre tomo la precaución de llevar conmigo un ovillo de bramante. Fíjese que las galerías se dividen y se subdividen una docena de veces antes de recorrer una distancia de cien metros.

Sobre las paredes veíanse, echados en sus nichos, los cuerpos de los cristianos de la Roma imperial. La luz amarillenta de la linterna hacía brillar temblorosamente los rostros disecados de las momias y las calaveras pulidas.

—¿Qué nos ocurriría si la luz se apagase de pronto?—preguntó Kennedy.

—Estaríamos perdidos. Pero he tomado la precaución de traer otra vela y una caja de cerillas. Y usted, ¿tiene cerillas?

—No. Podía usted darme algunas.

tre mil de encontrar su camino, y si se hallase á obscuras, puede decirse que no tendría ninguna. Además, la obscuridad aquí es algo espantoso. Vamos á hacer la experiencia.

Apagó la linterna y le pareció á Kennedy que una mano invisible le cerraba los ojos. La obscuridad era como un obstáculo infranqueable que parecía oprimirle, ahogarle.

—Basta ya; encienda usted.

Su compañero le respondió con una carcajada, que vibró como si mil voces hubieran contestado á la suya.

—Parece usted intranquilo, amigo Kennedy.

—Encienda usted ya—repetió el otro, impacientado.

—Cosa extraña—prosiguió el alemán—: el sonido de su voz no podría hacerme adivinar la dirección en que se halla. Parece que uno está en todas partes á la vez, y si yo mismo no tuviera en la mano el hilo conductor, me sería imposible encontrar el camino.

—¡Claro, claro! Pero encienda usted y basta ya de bromas.

—Pues bien, Kennedy; según creo comprender, usted tiene dos pasiones: la de la aventura y la de salvar obstáculos. Le proporciono á usted una aventura que consistirá en salir de la

catacumba, y por otra parte un obstáculo, que consistirá en hallar su camino, á pesar de la obscuridad y en medio de los dos mil rodeos peligrosos. Además le concedo á usted todo el tiempo necesario para pensar en miss Mary Saunderson y para reflexionar acerca de si se ha portado usted con ella con toda la lealtad debida.

—¿Qué quiere usted decir?—gritó Kennedy dando vueltas sobre sí mismo.

—¡Adiós!—dijo una voz burlona, ya á cierta distancia—Faltaba una cosa en su historia, y yo se la diré: Miss Saunderson estaba, en efecto, prometida á un pobre diablo, un sabio sin gracia ni elegancia, y que se llamaba... ¡Julius Burger!

Un silencio posado cayó en la antigua capilla de los primeros cristianos, un silencio lleno de angustia que envolvió al arqueólogo, sumergiéndolo como el agua sumerge al hombre que se ahoga.

Dos meses después se publicaba la siguiente nota en los periódicos

européos: «Acaba de hacerse en Roma el descubrimiento más importante de estos últimos años: se trata de una nueva catacumba, inmensa necrópolis que encierra tesoros inestimables, y cuyo hallazgo es debido á la energía y la perseverancia del Dr. Burger. Pero aunque el joven sabio alemán haya sido el primero en publicar una relación sobre este descubrimiento, parece ser que otro menos afortunado le había precedido. Hacía ya algún tiempo que el conocido arqueólogo inglés Sr. Kennedy había desaparecido y se suponía que su desaparición estaba relacionada con cierto escándalo privado que le habría obligado sin duda á abandonar Roma. Por lo visto ha sido víctima de su pasión por la arqueología. Su cadáver ha sido hallado en el centro mismo de la nueva catacumba, y el examen de sus pies y de su calzado ha revelado que debió andar días y días en las galerías subterráneas, donde el desgraciado, con una temeridad y una imprudencia inexplicables, se había introducido sin las precauciones necesarias... Lo que da á tan triste fin un carácter doblemente doloroso es que el Dr. Burger era amigo íntimo del joven sabio, y la alegría de su hallazgo no ha podido consolarle de la terrible muerte de su compañero y colaborador.»

A. CONAN DOYLE

(Adaptación de Magda Donato.)

DIBUJOS DE SEGRELLES



Su compañero le respondió con una carcajada que vibró como si mil voces hubieran contestado á la suya.

—¡Oh! Es inútil; no hay miedo de que nos separemos.

Burger ató el extremo del bramante á una piedra saliente y se metió el ovillo en un bolsillo, dejándole que se fuera devanando. Las galerías eran cada vez más complicadas y tortuosas, constantemente cortadas por una verdadera red de pasajes subterráneos. Todos desembocaban á una inmensa sala circular, en medio de la cual había un pedestal cuadrado con una placa de mármol.

—¡Esto es un altar de los primeros tiempos del Cristianismo!—exclamó Kennedy con una explosión de alegría—No me cabe la menor duda de que esta sala circular servía de capilla.

—Precisamente—dijo Burger—los cuerpos enterrados en estas excavaciones son los de los primeros papas y obispos de la Iglesia. Vea usted aquél con todos sus ornatos sacerdotales.

Kennedy cruzó la sala.

—¡Esto no tiene igual!—exclamó, y su voz resonó extrañamente bajo la bóveda inmensa—Acerque usted la linterna, Burger.

Pero el alemán se había alejado y permanecía al otro extremo de la sala, en el círculo luminoso proyectado por su linterna.

—¿Sabe usted—preguntó—cuántos rodeos peligrosos existen entre esta sala y la escalera del establo? Más de dos mil. Un hombre con luz tendría, por lo tanto, una probabilidad en-

Monumento á los heroicos marinos de Santiago y Cavite



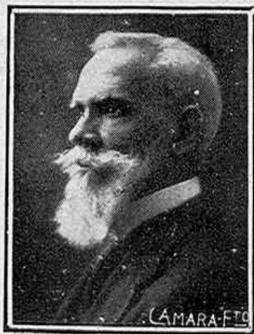
Momento solemne de la misa de campaña después de descubierto el monumento, original del laureado escultor D. Julio González Pola
FOT. CAMPÚA

Con la augusta presencia de SS. MM. los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria, acompañados del Presidente del Directorio, Sr. Marqués de Estella; del capitán general de la Armada, Sr. Fernández de la Puente; de los capitanes generales del Departamento y de la región militar, Sres. Carranza y Manzano, y de otras autoridades, se ha inaugurado con todo esplendor en Cartagena el monumento á los heroicos marinos de las Escuadras de Santiago y Cavite que, con el ejército de tierra, salvaron el honor nacional en 1898. El presidente de la Comisión organizadora, señor Altamira, leyó su discurso de entrega de la obra artística al pueblo de Cartagena. Hizo resaltar que la iniciativa de tan justo homenaje fué debida á

la excitación patriótica del capitán de Infantería D. Francisco Anaya, promovida por un artículo que publicó en *La Correspondencia de España* del 3 de Febrero de 1919. Puso de relieve el apoyo egregio y decidido que S. M. el Rey prestó á la idea aceptando la presidencia honoraria de la Comisión y abriendo la subscripción, en unión de S. M. la Reina, con el donativo de 5.000 pesetas. Subrayó la cooperación recibida del Ejército y de los españoles de la metrópoli, de Filipinas y de América, especialmente de Cuba. El alcalde de Cartagena se hizo cargo del monumento, con sentidas y breves frases, y el Presidente del Directorio pronunció un gran discurso, ensalzando la gloria alcanzada por los marinos de Cerve-



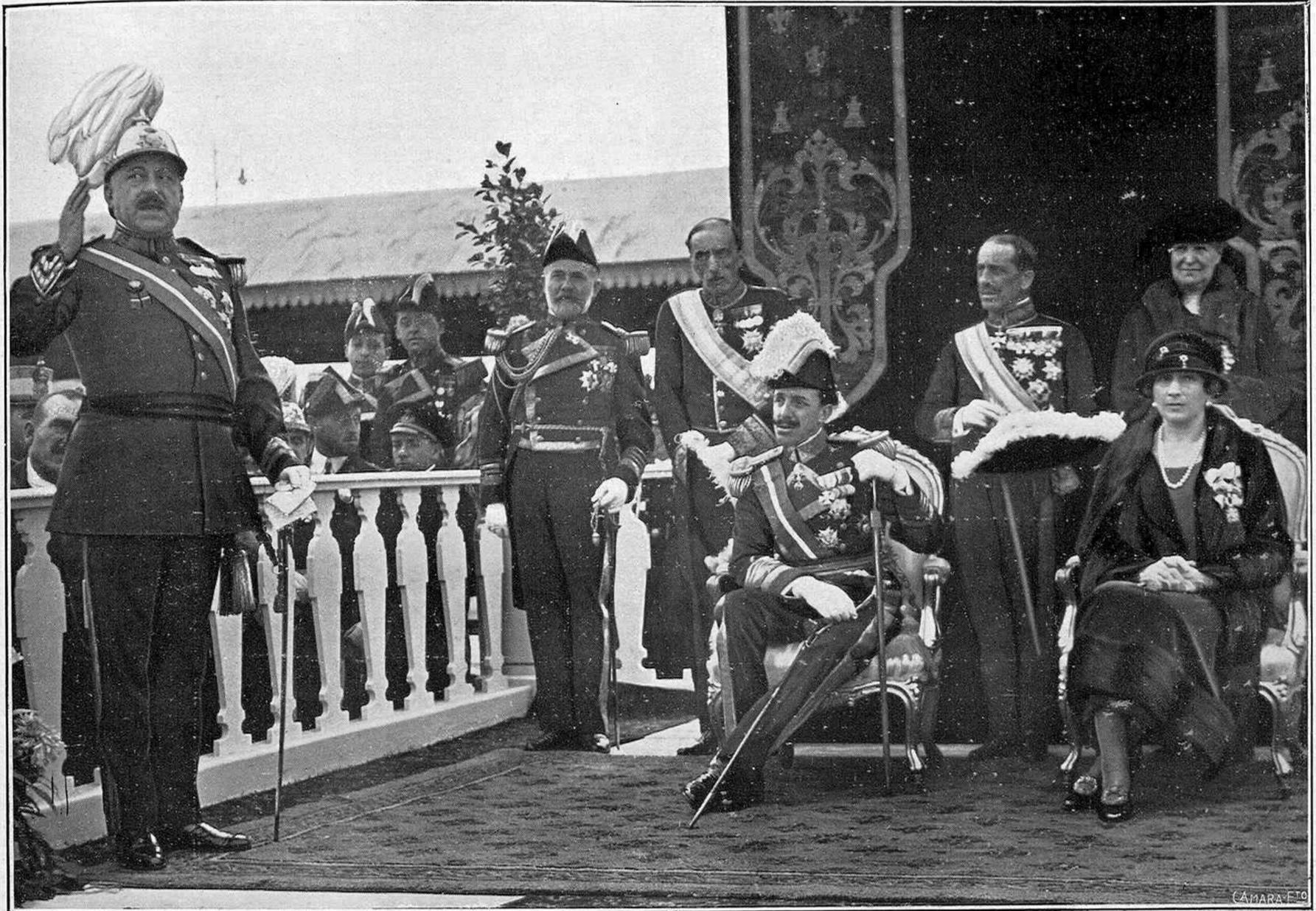
DON FRANCISCO ANAYA RUIZ
Iniciador de la idea y secretario de la Comisión organizadora
FOT. CALVACHE



DON R. ALTAMIRA Y CREVEA
Presidente de la Comisión organizadora



DON JULIO GONZÁLEZ POLA
Celebrado artista, autor del grandioso monumento nacional erigido en Cartagena



El Presidente del Directorio, marqués de Estella, pronunciando su elocuente discurso ante SS. MM. los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria
FOT. CAMPÚA

ra y Montojo, y haciendo manifestaciones confortadoras respecto al porvenir de España. A continuación los Reyes pasaron a descubrir el monumento, original del notable escultor Sr. González Pola, al que felicitaron efusivamente, y se depositaron valiosas coronas al pie de la obra artística, comenzando por la del Embajador de los Estados Unidos, que hizo la ofrenda en sencillas y elocuentes palabras.

Acto seguido se oyó una misa de campaña, y previa lectura por el capitán Anaya, secretario de la Comisión organizadora, del Real decreto de concesión de la medalla conmemorativa á los supervivientes, S. M. el Rey impuso á éstos la cinta de la misma, empezando por el ilustre general Eulate, comandante del *Vizcaya*.

Terminó la ceremonia con el brillante desfile, ante Sus Majestades y el monumento, de los supervivientes, de las columnas de desembarco y de las tropas de la guarnición.

Bien satisfecha puede estar la Marina del acto y agradecida á Sus Majestades y al general Primo de Rivera, que le honraron

con su presencia y que fueron clamorosamente ovacionados, y á la Comisión ejecutiva del monumento, muy especialmente al capitán Anaya, iniciador y perseverante laborador del homenaje, que ha constituido un éxito rotundo. Así lo reconocieron plenamente Sus Majestades, que invitaron á la Comisión organizadora á su mesa á bordo del *Jaime I*. Asimismo abundaron en la apreciación de la trascendencia y grandeza que revistió la ceremonia los diversos oradores que usaron de la palabra en el banquete que ofrecieron los elementos civiles de Cartagena á la Comisión citada, los cuales felicitaron á ésta y, principalmente, al Sr. Anaya por el triunfo conseguido. Y, por último, igualmente las autoridades de Marina y los supervivientes demostraron su gratitud á los tenaces organizadores en un agasajo que les dedicaron en Cartagena, al terminar el cual el general Eulate abrazó al Sr. Altamira en nombre de los supervivientes y el capitán general Sr. Carranza abrazó emocionado al señor Anaya en representación de la Marina.



S. M. el Rey imponiendo la cinta de la medalla conmemorativa a uno de los jefes supervivientes FOT. CASAU

TIERRA CASTELLANA

LOS CARDOS

DELIRIO VESPERAL

Hoy sangran los pies sobre los puñales de un calverizo que floreció en cardos.

ooo

En el vértice de los cielos se diluye una luz violácea y profunda, de vitral ó de «acuarium», que se derrama en transparencias malva sobre los montes occidentales y se hunde en oscuras condensaciones del azul hasta la lejanía cárdena del Oriente. El ocaso se inflama en un rojo y trágico resplandor inusitado; la púrpura, el carmín y la sangre arden en un infinito destello desvistador; el filo encorvado del horizonte se alza y se hincha empujado por una misteriosa fuente de penumbra, y en su perfil eminente se pinta negra, recortada y decorativa la estampa fantasmal, la floración martiroológica de los cardos.

Todo está seco y agostado en este recuesto de la tierra, por donde ya corre negro el crepúsculo y tiemblan medrosas lucecillas que irradian sus finas aspas cruzadas como estrellas de una pintura infantil, y aúllan los perros, y en la postrera livor del cielo se arroja en las sombras el paisaje arcaico, treman los alacranes su cascabel, brilla el véspero y los humos rústicos caminan horizontales por el paño litúrgico del ocaso.

Por sobre todo este mar muerto del paisaje sólo el cardo levanta su greña salvaje, su brazo esquelético de paladín, su bárbara audacia de lancera, el pergamino atormentado de sus hojas, entre ruedas de espinas, espiras de flechas y vórtices ávidos de sangre. En la parva lacerante de los cardos zumban los moscones, sierra la langosta, ruje la tierra sedienta, y las mariposas negras giran hambrientas por el espinal en busca de una miel que les mintieron las flores del cardo santo, del cardo azul, del cardo blanco.

Se siente el fuego de la tarde como si la sangre se derramara lenta por la piel; se acerca el flujo de la sombra, ya un bloque tangible y la noche cierra bajo el cielo opalino sobre el extraño cementerio martiroológico de los cardos.

En la oscuridad se oye el galope de un caballo que atraviesa la densidad de la noche.

El caballo galopa y relincha, acuciado, sin duda, por la garfía del espinal, roto el hijar, sangrantes sus ancas. Irá dejando túrdigas de piel y fibras palpitantes de carne entre el azote desgarrador de los cardos.

El patear vertiginoso de la bestia suscita en nosotros su alentar humeante sobre el belfo caído y sangriento por el que cuelga la lengua como una llama, bajo el alarido de la nariz temblorosa.

Llevará el caballo abiertas las pezuñas, chorreante la piel, espoleado por la imperativa voz del jinete, que lleva rojas las manos, heridas por los puñales del espinal.

Se pierde lejano el galope y la voz del jinete. La luna emerge roja de la sombra y se enciende el carbón de los llanos.

Nuestro imaginar ha visto un momento huir á la Quimera sobre el caballo de la sombra, espoleada por el aguijón de los cardos.

Lejanos sonos de campanas llenan el aire de mística serenidad, y la profunda noche estiva de un suave delirio al corazón, corazón que calladamente, como en los sueños, nos dice:

«El cardo es una flor mística de sobriedad y de fuego, en la que vive el alma de las misantropías, y en cuya raíz tiene el sol misteriosas condensaciones de fuego.

El cardo es la flor soñada por un dios, coronada de martirio, para representar árida y bellamente la desolación.

¡Flores acerbas que levantáis sobre el rescoldo de las guijas de cal el cementerio de vuestras polvorientas cruces superpuestas! ¡Símbolo sois del dolor y de la muerte, estaciones transformadoras de la vida!

Los cardos se alimentan de polvo; su raíz es una llama; sus flores son lancinantes bocas de agonía, y sus hojas espadas de fuego en las que suena siempre la quejumbre del viento.

El cardo es el fruto cenceño de la austeridad, es el guardián agresivo de la rebeldía, es el hachón incinerado de la muerte, la antorcha apagada de los delirios, prisionero entre cuerdas grises y puntas entrecruzadas, bajo el borlón purpúreo de una flor de sangre.»

ooo

Sopla el huracán y el silencio se turba.

La roña de los cardos suena chasqueante, como huesos en danza, y la floración espectral se abate arañando el polvo.

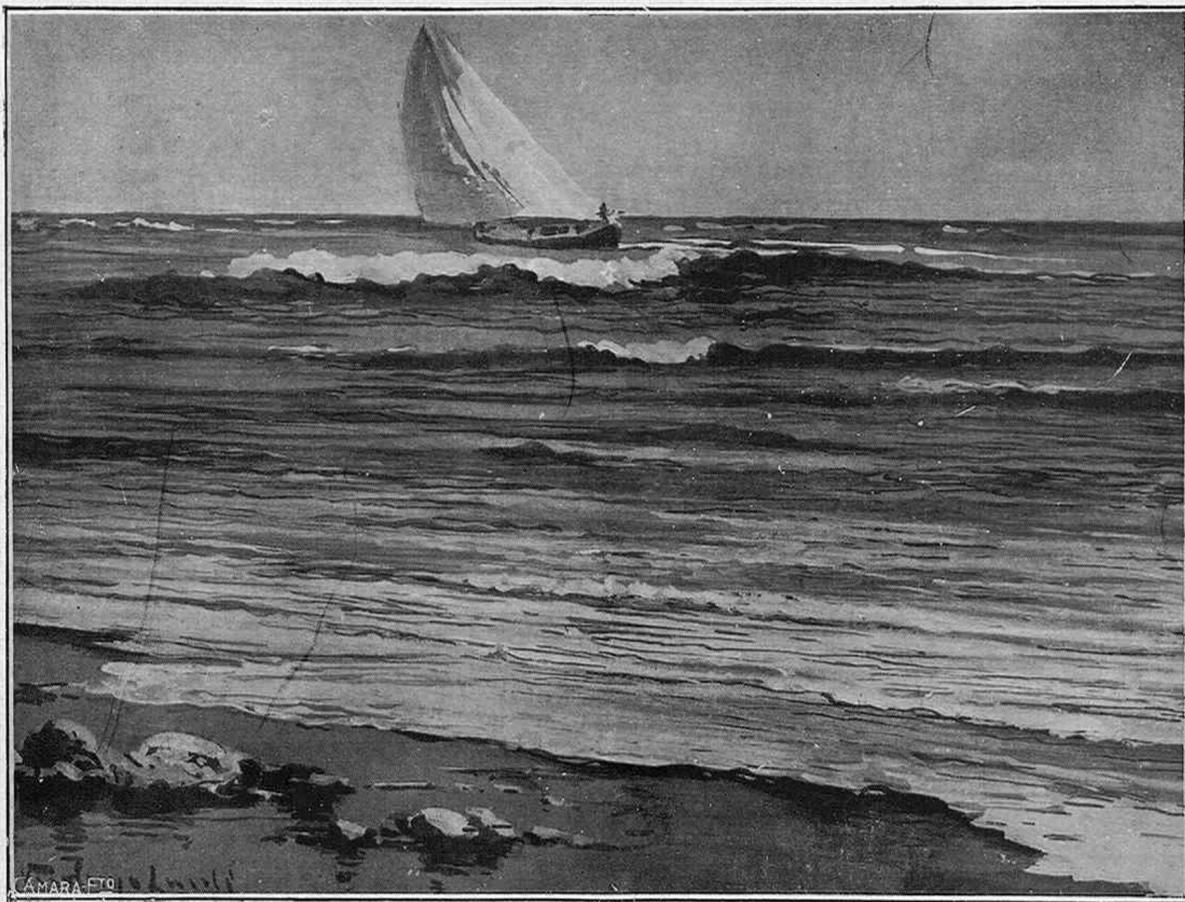
La ventisca, que pasa caliente, arranca de los plantíos de cardos las leves esferillas de los frutos, sembrando á la tierra con la semilla paradójica de la fecundidad y de la aridez. El aire silba en el zarzal de los cardos; los vilanos vuelan en la noche, y la multiplicación de los cardos se precipita por la tierra caliente, por el cielo estival.

Hasta que un día veamos morir á los cardos en la hondura de un pecinal, en la podredumbre de su propio osario, bajo la manse-dumbre otoñal de las aguas...

... Del agua cordial que convierta en fragancia nuestro delirio, desdoblado ante los ojos febriles la tierra dulce, madre y fuente en una luminosa y transparente policromía de fecundidad.

ARTURO LOBO

BARCAROLA



El romántico azul del mar divino corta la quilla de su barquichuelo, que va dejando caprichoso velo de blanca espuma en el azul marino.

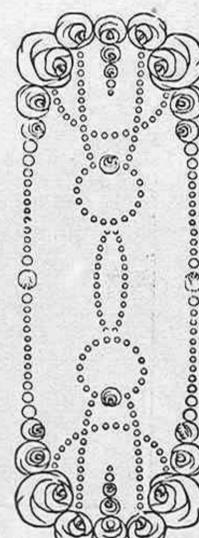
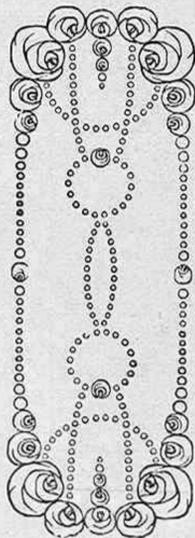
Un adiós en el aire terso y fino se deshoja, como una flor de cielo, y en la popa el adiós de su pañuelo se mece juguetón y blanquecino.

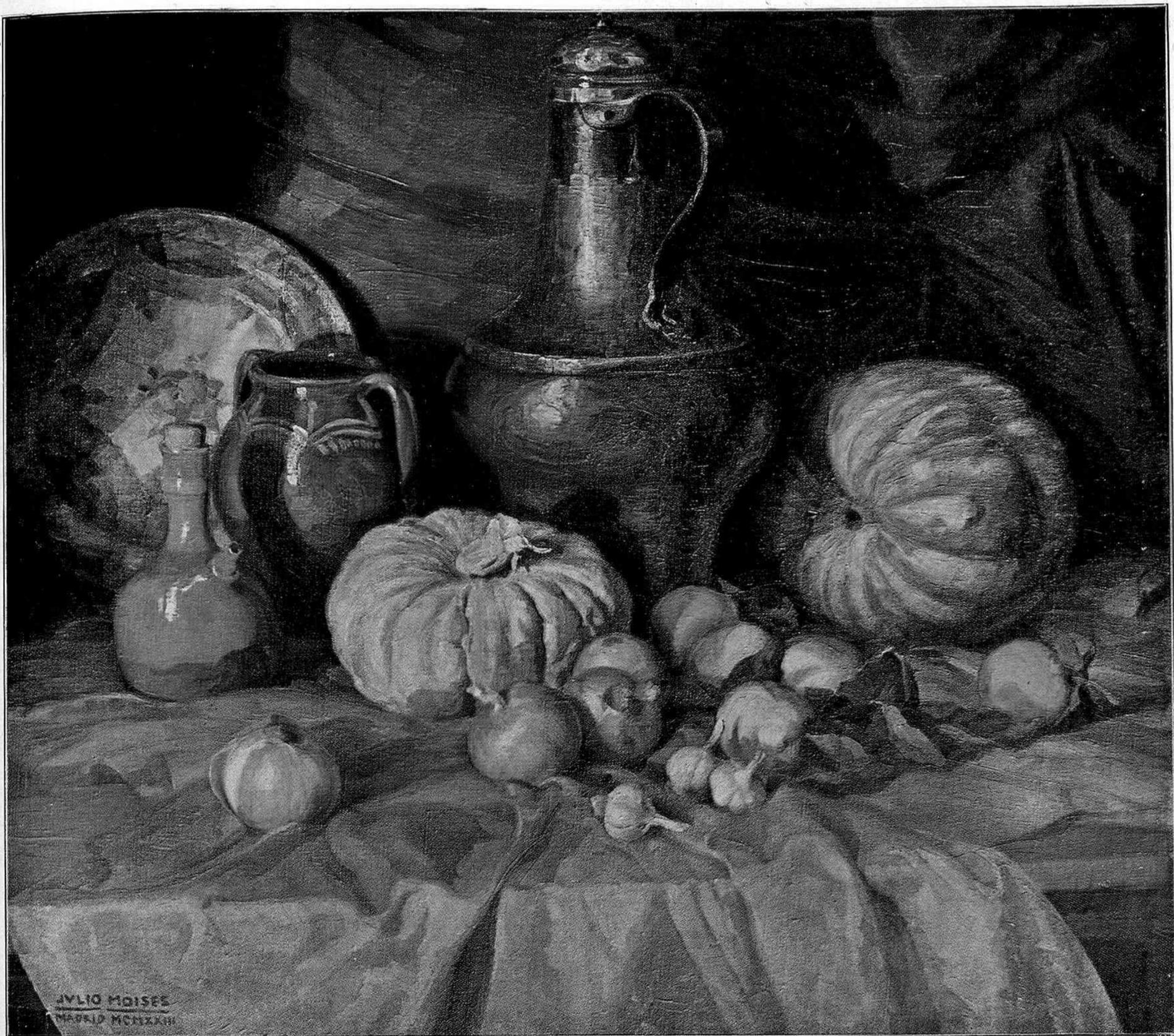
La risa, siempre alegre, de la ola festeja el rumbo de la vela blanca desde la arena de la playa sola,

y entre las jarcias que el vaivén tremola el marinero que del puerto arranca melancólico da su barcarola.

Emilia BERNAL

DIBUJO DE VERDUGO LANDI





«El bodegón», cuadro original de Julio Moisés

No es un hallazgo moderno, sino la rehabilitación de un género olvidado y adormecido, como los objetos y las cosas que constituyen generalmente sus motivos.

A la pintura moderna le pertenece este laudable empeño de situar, entre las figuras aisladas y las composiciones simbólicas ó simplemente costumbristas, los momentos pictóricos de seres inertes y de la vida inmóvil que en torno del hombre aguarda su voluntad para desplazarse y manifestarse.

Pero acaso convendría darle á este género, que los antiguos amaban y los modernos han resucitado con un fervor entusiasta, un nombre más dotado de veracidad emocional y aun de expresividad factual. Diríase que el *Bodegón*, la *nature morte*, la *Stilleben*, responden al arte del cuadro lo que la música de cámara á la ópera: el supremo intimismo estético.

Hay ciertamente una *pintura de cámara*, distinta del retrato, del paisaje, del lienzo de composición y de las fantasías decorativas. Es esta que se encuentra en los Museos clásicos y rara vez en los Museos que llaman modernos, pero que apasiona á los artistas actuales desde el respeto á las normas pretéritas hasta los arbitrarios caprichos donde se extravía la insatisfacción ultracivilizada.

Todo tiene su fisonomía propia, su acento pecu-

liar. Colmado de ecos y rumores lo que el orgullo humano nombra silencio; agitado de ansias infinitas lo que supone el hombre sin ellas, porque nació de una máquina ó fué materia ruin antes de darle el forma y color.

Un alma sutil conmueve acaso los objetos de humilde servicio ó elevado recreo en nuestro cotidianismo. La luz les acaricia como á nosotros, y nuestras miradas, nuestras manos les transmiten tal vez pasionales inquietudes.

Las cosas pobres, desdeñadas por usuales ó caídas en esa indefensa senectud que ni los mendigos compadecen, pueden adquirir bajo la mirada piadosa del artista un valor eterno. Las altivas, las frívolas cosas, se adelantan á él con ese gesto impertinente de las aristocracias ó de las fortunas que dan á veces pretexto para bellos retratos. Incluso no nace de ellas mismas su atrayente sugestión del artista. Es la hechicería momentánea de la luz, el ocasional contacto con otro objeto que complementa ó resalta su color propio. O es, algo ajeno á ellas y á la hora, invencible de los transitorios instantes en que la claridad natural ó el fulgor eléctrico las presta fugitivo encanto. Es el aroma nostálgico de lo que significaron la potencia emotiva depositada á lo largo del tiempo por sus anteriores dueños: amados los unos por el pintor; desconoci-

dos de él, acaso; pero con toda la enorme melancolía de las grandezas supuestas y desvanecidas...

Como la música de cámara, la pintura de cámara busca la acogida sensible y el respeto capaz de emocionarse. Es una feliz alianza de tecnicismo y sentimiento.

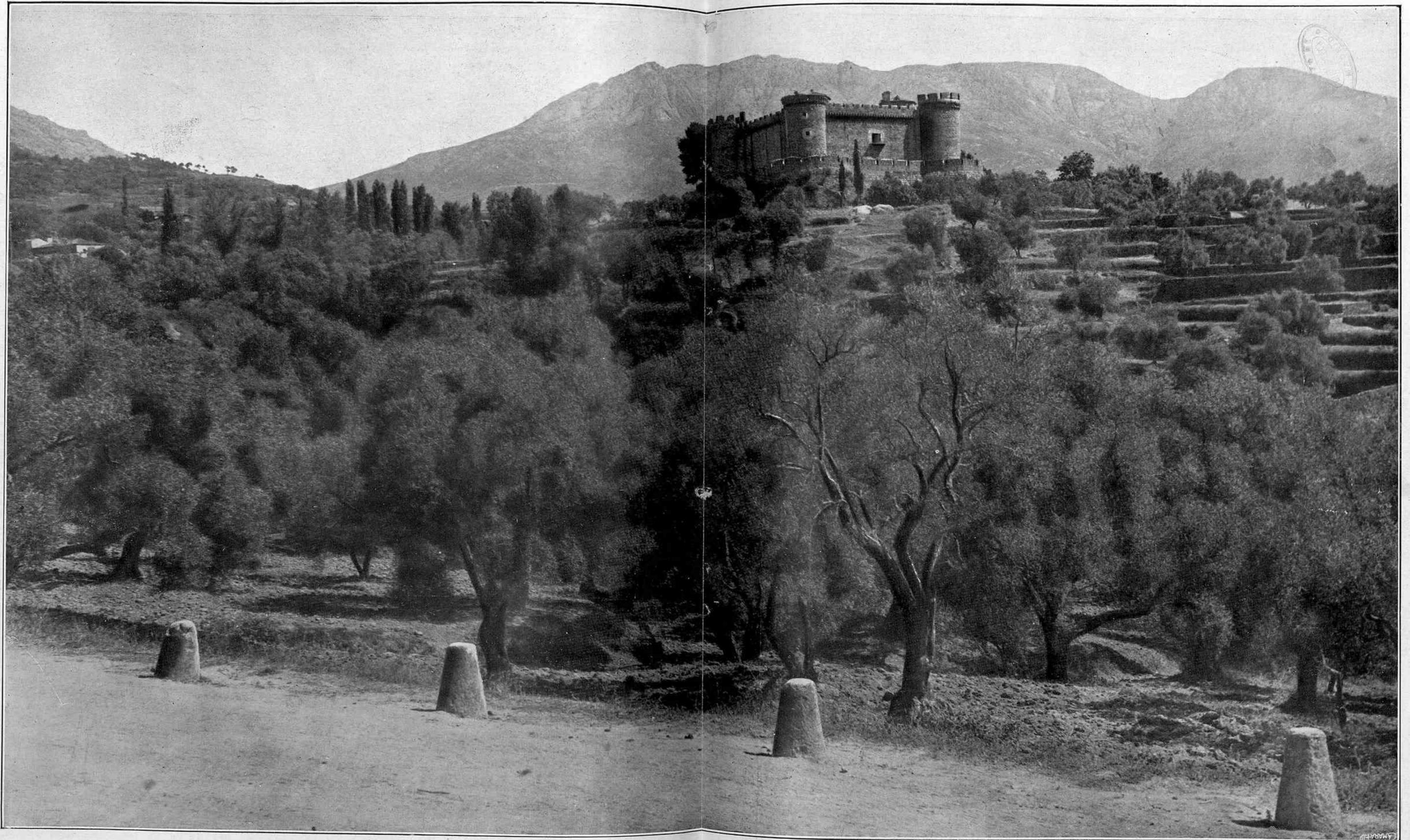
Chardin, el maestro del género, el delicadísimo intérprete de lo que pudiera nombrarse *éxtasis del hogar*, definió su arte con estas palabras: *On ne peint pas seulement avec la couleur, on peint avec le sentiment.*

Antes de él los holandeses habían comprendido esa dulce ternura que pueden solicitar de nosotros los objetos inmóviles; después de él, toda la pintura actual ha ido concretando la educación moderna de los ojos y de la sensibilidad, merced á la agrupación de los seres inertes y las cosas humildes y soberbias.

España todavía se muestra rezagada y vaciante, aun después del logro positivo del paisismo que ha venido á dar nueva espiritualidad á su pintura. Quisiéramos ahora verla adentrarse en el «intimismo pictórico» en esta infinita diversidad de temas y motivos que van desde el *Bodegón* recio á la *Stilleben* sutil, de Braekeleer á Cézanne, de Snyders á Chagall...

SILVIO LAGO

DE LA VIEJA ESPAÑA



Castillo de Mombeltrán, en la vertiente meridional de la Sierra de Gredos y provincia de Avila, considerado como una de las más interesantes muestras de la arquitectura militar medieval española

FOT. WUNDERLICK

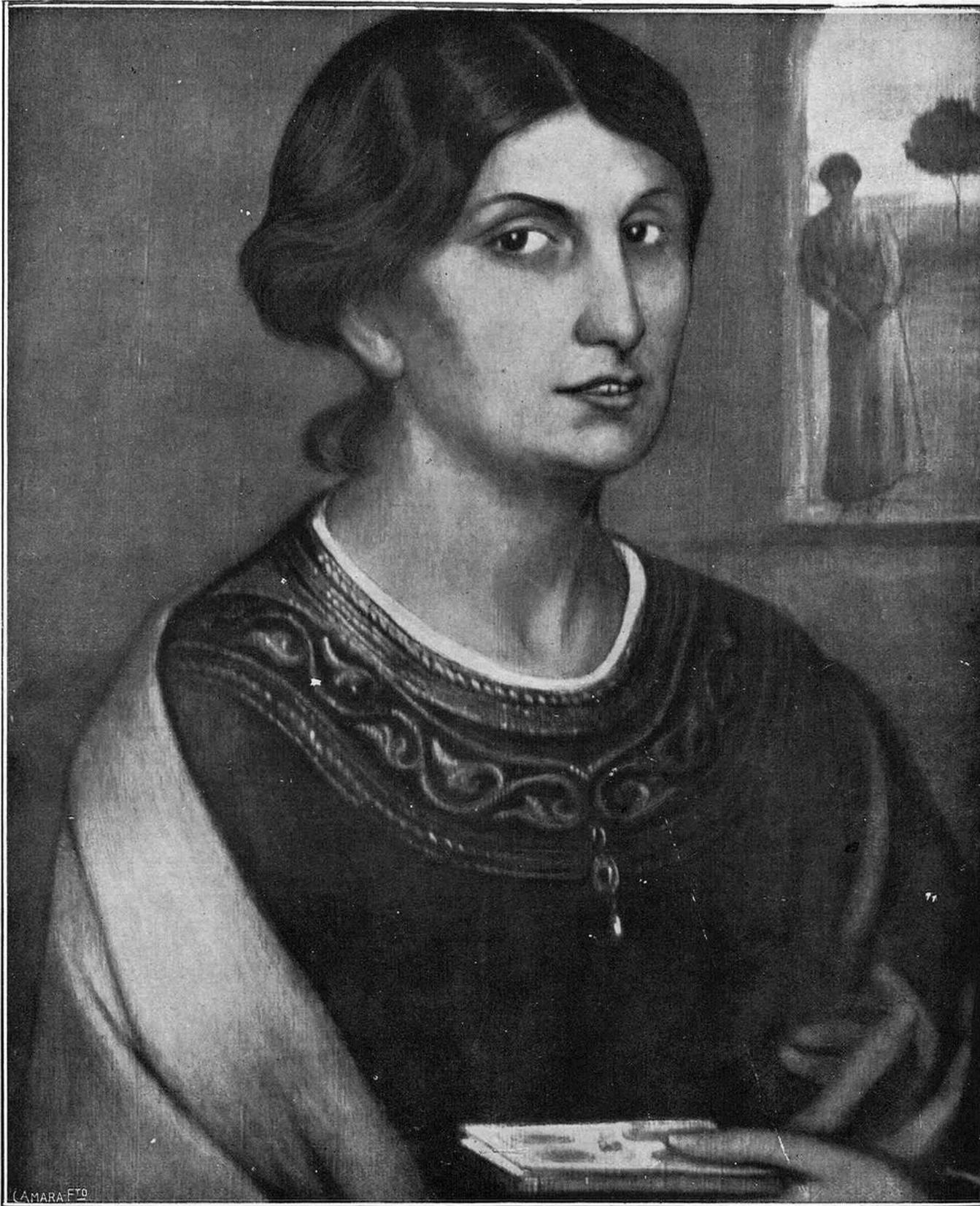
LA ESFERA

RINCONES ITALIANOS



CHACHARROTA, cuadro original de Tomás Murillo Ramos

LA BUENAVENTURA



«La Sibila de la Alpujarra», cuadro de Julio Romero de Torres

BUENAVENTURA por qué? Mala y bien mala fué para la pobre niña la que dijo la pícarra y codiciosa vieja que, con el pretexto de pedir una limosna, se introdujo en el cortijo de Fuenteclara, donde aquélla residía accidentalmente.

Llamábase la muchacha María Luisa, y era curiosa, apasionada y espiritual á un tiempo mismo. Recatada y digna, guardaba los secretos de su corazón con tal firmeza que nadie sospechaba tan siquiera que pudiese tener ningún cariño aquella alma primaveral y casi infantil que se abría á la vida con toda la ternura y toda la inocencia de su poca edad.

Y, sin embargo, sentía un amor que á veces dulce, tomaba otras los caracteres de una devoradora é impetuosisima pasión. Amaba porque sí, sin darse cuenta y sin que sospechara tan gran amor aquel que lo inspiraba.

Y he aquí que de pronto la anciana y maliciosa mendiga llegaba con sus infernales artes á descorder el velo de aquel sentimiento que por diabólicos medios se le revelaba á ella, tan conocedora de tantas almas, de tantas tragedias

humildes y silenciosas, de tantas resignaciones, de tantos sueños y de tantos desengaños...

Con la mugrienta baraja, manejada con pericia de gitana, iba diciendo cosas y cosas á la niña incrédula que ponía en duda la eficacia de aquella inocente é insensata práctica.

¿Cómo iba á sospechar nadie lo que ella tenía tan dentro de sí, que no había forma humana de conocer? Estaba tan segura de su corazón, que lo consideraba incapaz de descubrirse ni de descubrir lo que encerraba.

Pero de pronto la infame vieja comenzó á hablar. Mezclando en su charla incomprensible frases exóticas, decía cosas de vida y muerte, de riquezas y asechanzas, de mujeres rubias, de espadas de justicia y de verdad, de victorias y de lágrimas, de envidias y despechos, de tristezas y alegrías, de largos viajes por *tierras de agua*, de inquietudes soportadas con firmeza, de angustias que al fin trocaban en glorias losoros triunfales y las copas de la abundancia; y, al fin..., al fin, del hombre de *buen color* por quien suspiraba y moría de *amor de amar* la dulce niña, la noble niña que no sabía lo que le

pasaba viendo sorprendidos los sueños más hermosos y callados de su alma.

Con un ademán de infinita angustia quería arrancar las cartas á la implacable zahorí, que seguía leyendo en ellas como en un libro fatídico y misterioso, libro del bien y del mal, donde se leían todos los destinos, todos... Y no pudo continuar, y no pudo callar. Oyendo á la descifradora de aquellos arcanos, que afirmaba que el *hombre de buen color* amaba á otra, preguntó con voz temblorosa que era un lamento:

—¿A otra? Dime quién es.

Y como si aquella exclamación arrancara todas las energías de su alma, rompió á llorar como lo que era: una pobre niña, mientras la vieja, sonriendo entre dientes, se decía:

—¡Como todas!... ¡Ama como todas!

Ha pasado el tiempo; pero cuántas noches se pasa la niña manejando una baraja, diciendo entre suspiros de dolor:

—¡Quién supiera leer! ¡Quién supiera leer en ella!

JUAN LOPEZ NUÑEZ

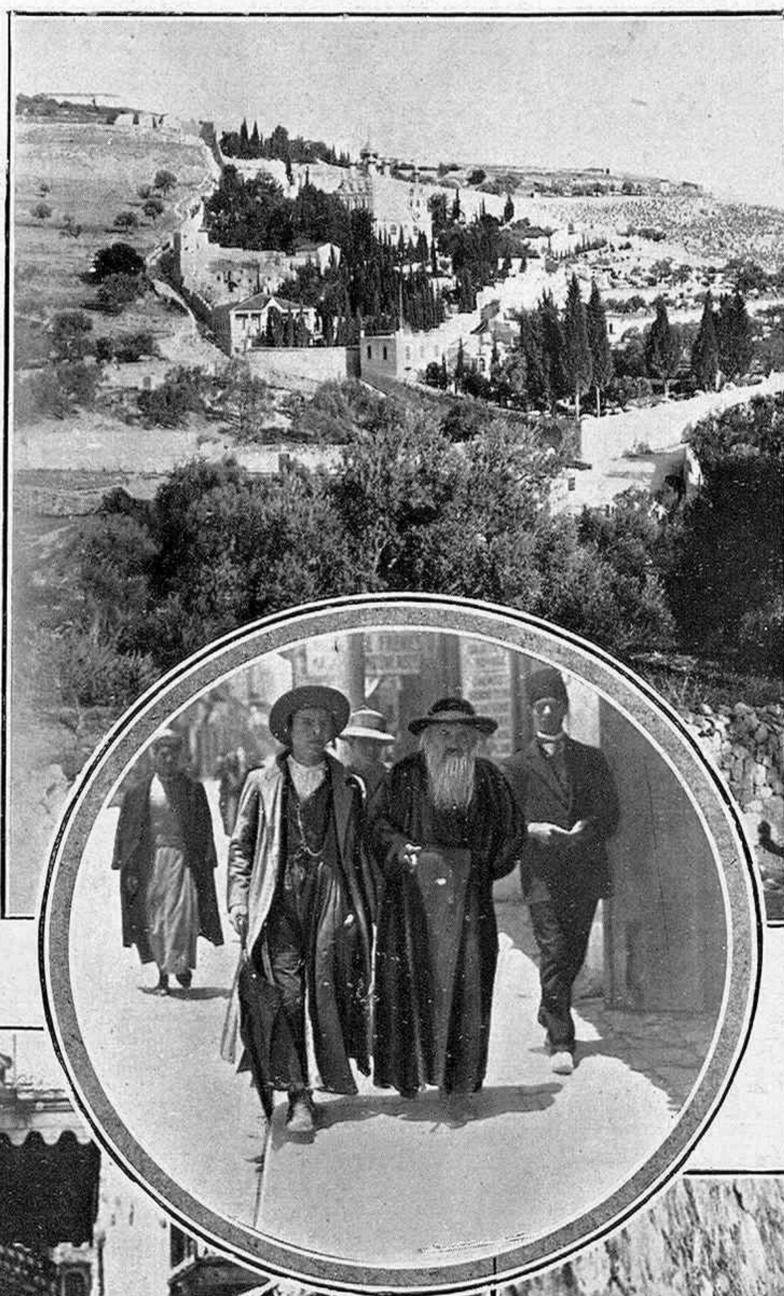
JERUSALÉN ABANDONADA

LOS JUDÍOS COSMOPOLITAS DESISTEN DE RECONSTITUIR EL REINO DE ISRAEL, PORQUE HACEN EN PARÍS, LONDRES Y NUEVA YORK MAGNÍFICOS NEGOCIOS QUE NO SERÍAN POSIBLES EN PALESTINA

DURANTE la guerra tras de cuya paz andamos todavía, la Gran Bretaña emprendió en Palestina una cruzada. Quería darse á esta empresa apariencias de idealidad, como si á ella hubieran presidido el espíritu romanesco y el heroico empeño de Godofredo de Bouillon. Mas no era oro todo lo que relucía, y había, en cambio, en el asunto mucho oro que no brillaba. Este factor oculto estaba constituido por el poder ambiguo, multiforme y formidable de la Banca israelita: el mismo poder á cuya misteriosa intervención se debió que ni un sólo obús, ni un sólo torpedo aéreo, cayeran sobre las minas de la frontera franco-alemana, explotadas por Sociedades de capital judío, tanto francés como alemán; y eso en tanto que las escuadrillas de aviones de uno y otro bando arrasaban las ciudades, diezmando á las mujeres y á los niños; y eso en tanto que los cañones de uno y otro campo cruzaban sus huracanes de metralla, y asesinando á un tiempo á los hombres y á la tierra cubrían los paisajes muertos con un sudario de ceniza sangrienta...

Al amparo de esa hecatombe y de la transformación de los mapas que había de ser su consecuencia, el sionismo acarició una esperanza, posible al fin, después de un imposible de siglos: la de reconstituir el antiguo reino de Israel, y la de alzar de nuevo la Jerusalén destruída, la Jerusalén del Templo y de la tradición.

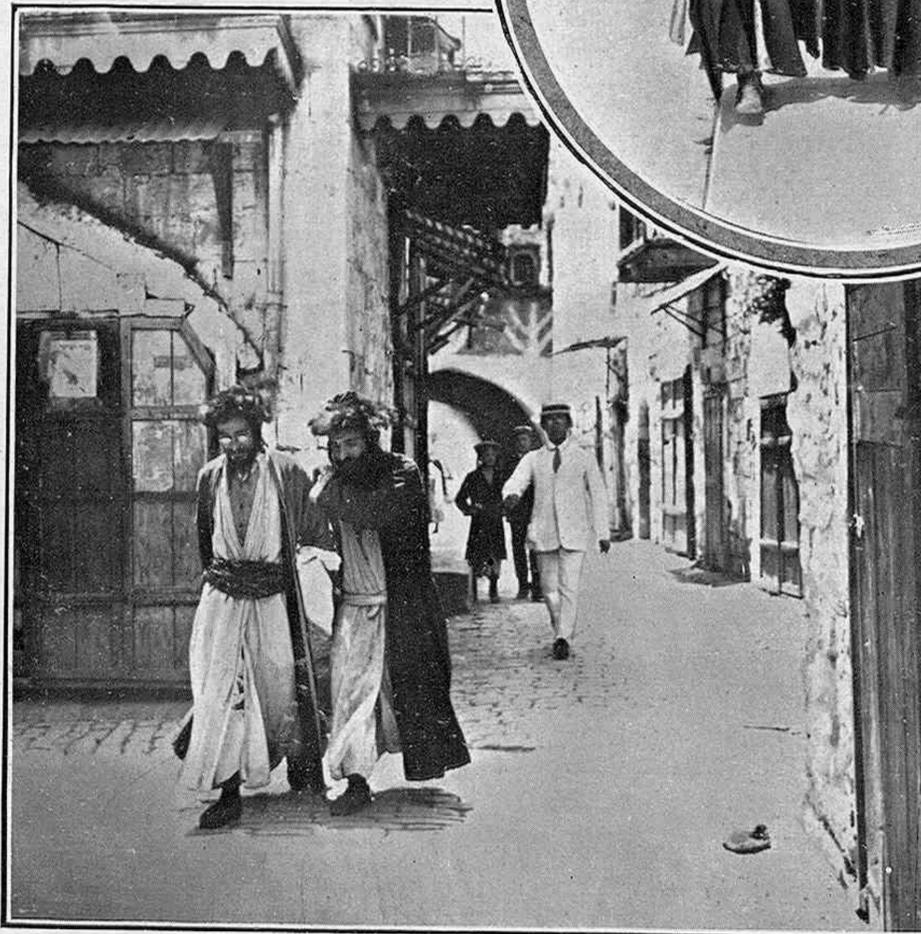
Por su parte, Inglaterra, el país de la Biblia, de los rígidos prejuicios y



París, los cuarteles generales del sionismo anunciaron la buena nueva.

Mas no bastaba para reconstituir el reino de Israel la derrota de los musulmanes; ante todo, si había de reconocerse la existencia de tal reino, era necesario que, en efecto, existiera; y no podía existir por el solo hecho de que una docena de banqueros multimillonarios se cotizaran para alzar de nuevo el Templo y para edificar con el material sobrante otra docena de palacetes destinados á ser residencia de dichos magnates durante una semana por año todo lo más... Para que el reino de Israel dejara de ser un espectro del pasado y se convirtiera en realidad presente, era indispensable que los israelitas esparcidos sobre países extraños los abandonaran y volvieran á la Tierra de Promisión. Algo intentaron en este sentido los conductores del sionismo. Se llegó á hablar de transatlánticos fletados para la repatriación de los judíos. Pero si algunos millares de israelitas volvieron á Palestina, fué huyendo de la miseria rusa ó de las persecuciones asiáticas. Tornaron á la patria aquellos que sólo dejaban atrás el hambre ó la amenaza de la muerte. Pero todos los que tenían algo que perder quedaron en los países á los que los ligaban sus intereses: en los países que eran para ellos sus verdaderas «tierras de promisión».

En consecuencia, y durante su último congreso, el sionismo ha renunciado á su magno proyecto. Jerusalén seguirá siendo un espectro. El pueblo de Jehová, instalado en Europa y en América, seguirá negociando en piedras finas ó en trapos viejos, prestando dinero á usura ó preparando grandes jugadas de Bolsa, recogiendo el oro en briznas ó en lingotes, pero haciendo siempre su agosto. Y sobre el mundo, el sionismo,



Arriba: El Monte de los Olivos y el Jardín de Getsemaní.—En el círculo: Judíos paseando por las calles de Jerusalén.—Abajo, á la izquierda: Judíos dirigiéndose hacia el Muro de las Lamentaciones. A la derecha: Grupo de israelitas típicos junto al Muro de las Lamentaciones

de las ambiciones inexorables, no podía desdeñar esta ocasión de ser ó de parecer la redentora del pueblo de Jehová, pueblo sin patria, pero no sin bienes; pueblo diseminado, pero tan hábil para encontrar su camino, que se hizo dueño de todos los del mundo.

La cruzada británica de Palestina fué, por lo tanto, una operación politicofinanciera bastante hábil. Por aquel entonces, las grandes palancas judías comenzaron á pesar en favor de los aliados, y en Londres y en

despojado de su única idealidad, tenderá con nuevo y más áspero empeño su red de insaciable concupiscencia y esa misteriosa y formidable trama de voluntades que lo puede todo, que hace la paz, que hace la guerra, que sostiene á los Gobiernos ó mueve las revoluciones, que deja ametrallar á las mujeres y á los niños, pero que detiene sobre los tesoros el gesto destructor de los hombres enloquecidos por el odio...

París, 1923.

ANTONIO G. DE LINARES

N U É V A L O S

Qué rincón de España y qué pueblecillo habrá de su suelo que no haya sido escudriñado por los formadores, aficionados y fotógrafos amantes de lo pintoresco y de lo histórico?...

Pocos, en verdad, y muchos los que han tenido la suerte de haber sido descubiertos por nuestros cronistas. Sin embargo, de Nuévalos nadie ha dicho nada. Y no es que Nuévalos se encuentre escondido allá donde Cristo pegó las tres voces. Al contrario, Nuévalos está en el camino de uno de los lugares más pintorescos y concurridos de Aragón, en la terminación de la carretera que va de Alhama al Monasterio de Piedra, antes de subir al monte donde se halla enclavado el antiguo é histórico convento de los Bernardos, del cual era Nuévalos como una dependencia.

La atracción que sugiere el Monasterio aparta completamente á los expedicionarios de la idea de interrumpir la ruta del viaje para detenerse y visitar aquel pintoresco pueblecito que aparece enclavado en lo alto de unas rocas enormes á manera de los castillos feudales. Pero nosotros, picados de la curiosidad, hemos abandonado á los compañeros de viaje, decididos á descubrir á Nuévalos, y sin «cicerone» ni brújula nos aventuramos por aquellos vericuetos espantando á las gallinas que pululaban por las calles y despertando la curiosidad de los nuevalillos.

Andando, andando, dimos de manos á boca con la plaza del pueblo, en cuyo centro, con gran sorpresa, distinguimos una estatua de bronce sobre un gran pedestal defendido por una barandilla de hierro. Pero lo más sorprendente fué que al acercarnos vimos que aquella estatua era la de un sacerdote.

¿Quién era aquel sacerdote y por qué fi-

guraba inmortalizado en la Plaza de Nuévalos?...

Vamos á verlo.

«Este señor cura es Sicilia—nos dijo un natural del pueblo—, que fué párroco de Nuévalos en la época en que los frailes del Monasterio acapararon el agua del río Piedra, para convertir el convento en un paraíso de jardines, cascadas, saltos de agua, lagos y estanques, dejando á la vega de la comarca sin riego. Ante las continuas quejas de los huertanos, el padre Sicilia fué á ver á los reverendos, á pedirles agua para la sedienta vega. Opusieron los frailes algunas excusas de tiempo por no darle una ro-

tunda negativa; volvió á insistir, y en vista de que no le hacían caso y que los campos se consumían por falta de agua, terco, como buen aragonés, tomó el Padre Sicilia aquello que no le querían dar, desviando una vena del río.

Enterados los frailes, le pusieron pleito, quisieron procesarlo, pero tales razones alegó en su defensa el buen párroco, que el juez lo absolvió y condenó á los frailes á que nos dieran el agua para beber y para regar.

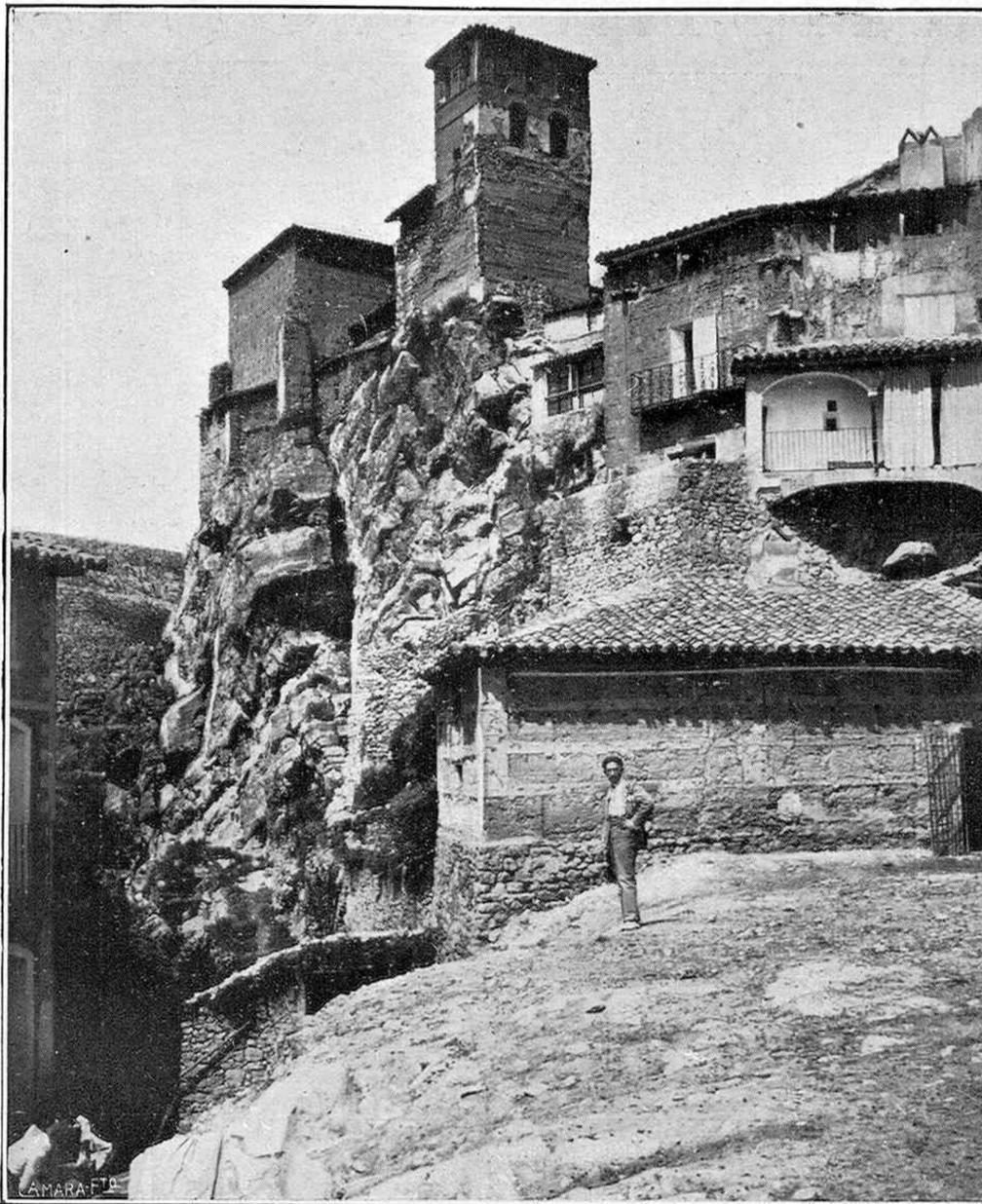
Cuando murió, el pueblo, agradecido, quiso perpetuar la memoria de su bienhechor, y entre todos los vecinos se costeó el monumento al buen Padre Antonio Colás Sicilia.»

Nuévalos, por su situación, viene á ser una atalaya del Monasterio de Piedra. Sus pintorescas calles serpean por empinadas cuestras, sin obedecer á plan alguno; al extremo de que en una de ellas, y sobre un tajo del terreno, se eleva la airosa torrecilla mudéjar de la iglesia. Rodea el poblado una serie de torreones habilitados para viviendas, por cuyos muros trepan nutridas guirnal-das de hiedra.

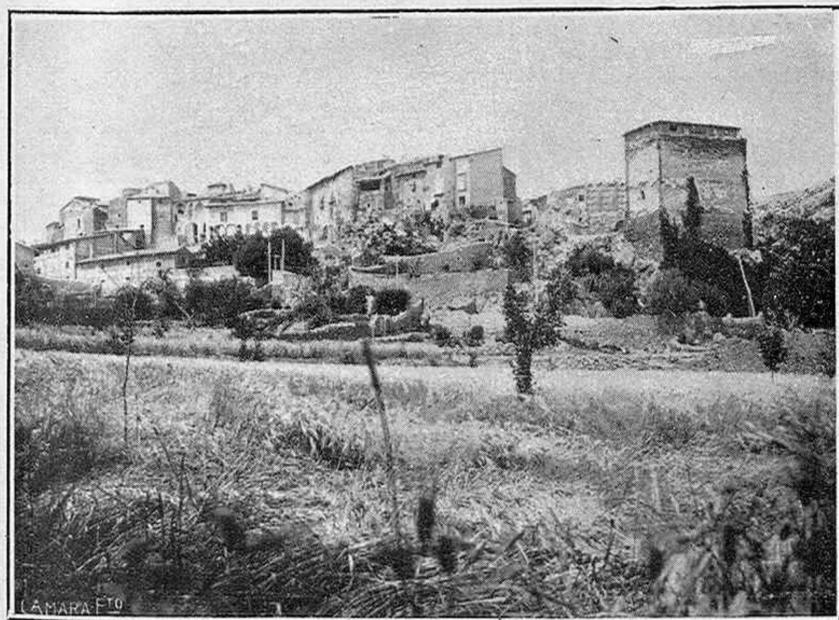
Sus pacíficos y nobles vecinos son hortelanos. Fueron mucho tiempo los abastecedores del Monasterio en época de los Bernardos, y ahora que aquel lugar sagrado se ha convertido en deliciosa residencia, adonde acuden los artistas, los agüistas de los establecimientos cercanos y muchos recién casados también.

A los pintores que vayan al Monasterio aconsejamos no desdeñen al pueblecillo que como un Nacimiento de Navidades se presenta ante sus ojos antes de subir la empinada cuesta que conduce á la antigua residencia de los Bernardos, apeáros del auto y visitadle, que bien merece la pena...

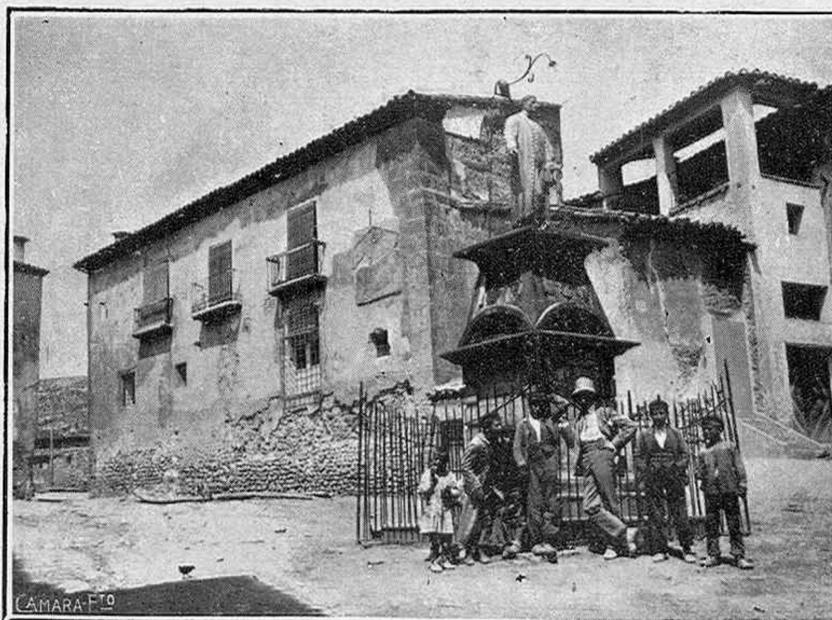
J. BLANCO CORIS



La iglesia de Nuévalos



Vista del pueblo de Nuévalos



La plaza de Nuévalos



LA VIDA ARTÍSTICA
LOS ARTISTAS MONTAÑESES



«Teresa», por Ricardo Bernardo

No fué aislada la expresión de vitalidad artística que dió la Coruña este verano con su Exposición. Simultáneas y coincidente con ella se celebraban sendas manifestaciones de arte en Gijón y en Santander. Como los gallegos, los asturianos y los montañeses plantean—y acaso resuelven—las dos cuestiones anejas al regionalismo.

¿Existe un arte regional? Y en caso afirmativo, no ya qué región, sino ¿qué latitud puede recabar para sí la supremacía artística de España?

Cuando la Exposición valenciana en Madrid se exaltó por algunos el Norte—más concretamente Vasconia—como antítesis victoriosa del Sur.

La luz fina que consiente los más sutiles matices; el sosiego especulativo que afianza las normas constructivas y las sensibles delicadezas, en pugna con la luz franca, impetuosa en agudo registro cromático; el temperamento pasional que da amplitud himnaria á los tonos enteros y á las sensuales complacencias.

Esa controversia que se ha hecho literatura al alambicarse y destilarse su esencia puramente pictórica no puede resolverse como una simple cuestión de afinidades congénitas ó elécticas. Restituye el regionalismo estético á la pri-

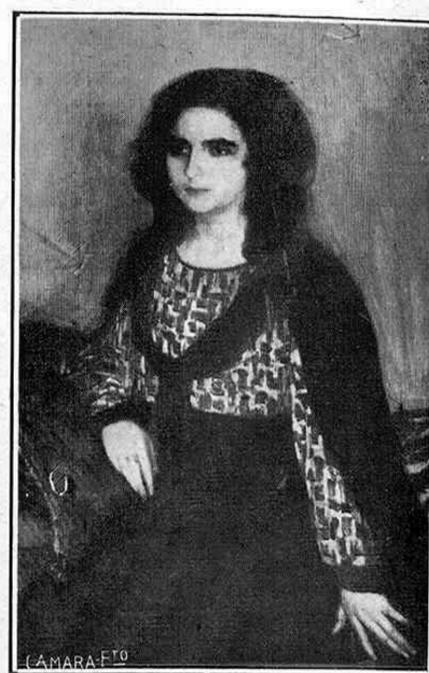


«Albaicín», por W. Rovira Recio

mera afirmación: la de la existencia del arte regional.

Sí. Existe un arte regional producto de la reintegración filial de los artistas á la tierra nativa, á la luz que hallaron al abrirse sus ojos y al espectáculo que fué ofreciéndose sucesivo pero íntegro de cualidades características, á lo largo de los años de niñez y de adolescencia. Los años que modelan para siempre el espíritu.

Podrá después alegarse (siempre por instintivas semejanzas sensoriales ó sentimentales) valores distintos á cada coincidente suma de producciones homogéneas—ya que no se debe hablar de *escuelas* ahora—, pero no asegurar dogmáticamente que á la elevación étnica respon-



«Retrato», por Angel Espinosa

de la elevación estética. Debe, á lo sumo, reconocerse un regionalismo estético impuro en lo que se refiere á la integridad de los motivos y á la forma de expresarles.

Pureza tanto como racialidad ejemplar. Impureza, equivalente á pegadizos extranjerismos, á un gregarismo feudatario de escuelas—ahora sí cabe la adjetivación escolástica—francesas ó alemanas.

Al tratar de la Exposición gallega, hemos reconocido esa pureza íntegra de su regionalismo estético. Teníamos, como ellos en el corazón, en la memoria unas palabras de Dostoievski, como un principio fundamental de idealismo: «El que renuncia á la tierra natal renuncia también á su Dios.»

Idéntica afirmación de pureza debe hacerse respecto de la pintura asturiana á cuyo frente Evaristo Valle y Nicanor Piñole sostienen el sagrado fervor á la Naturaleza nativa y á los temas raciales.

Pero no con tanta exactitud puede afirmarse respecto de los artistas montañeses iguales características de permanencia ó de reintegración filial á los tipos, las costumbres y los paisajes de la comarca materna.

Los artistas montañeses inician, por de pronto, la cohesión, la alianza de los esfuerzos dispersos. Ya vendrá la lógica similitud de temas, el



«Paisaje», por F. San Román



«Puente Portillo» (Comillas), cuadro de Dolores de la Vega

abandono de las sugerencias externas y pegadizas, el hallarse á sí mismos en lo que se refiere solamente á la técnica y á la personal visión, sino á esa íntima ternura por los básicos principios del sentimiento y de las revelaciones adolescentes.

ooo

La Sección de Artes Plásticas del Ateneo de Santander—Sociedad bien arraigada y cada vez más concreta en sus finalidades culturales—ha organizado esta segunda Exposición de Artistas Montañeses.

Ante el catálogo y las fotografías nuestros recuerdos se ratifican. Ciertamente la mayoría de las obras expuestas en Santander nos son conocidas por haberlas visto con anterioridad en exhibiciones madrileñas ó en los propios estudios de cada artista.

Podemos, sin temor á demasiado error de apreciación, aventurar algunos juicios respecto de lo que es y de lo que habrá de ser el arte montañés.

Desde las marinas de Tomás Campuzano y los paisajes de Agustín Riancho hasta ese ímpetu cromático, esa franca y dionisiaca alegría de ser pintor, esencialmente pintor que significan los cuadros de Francisco Cossío y las sencillas aportaciones de la pintora Dolores de la Vega, ¡cuánta diversidad de estilos y de ideologías pueden contenerse!

Se contienen realmente. La Exposición de Santander, además de otros atractivos, ha debido tener el de su situación dentro de la amplia libertad estética de nuestra época. Cada artista daba su nota, ó cuando menos procuraba darla, sin cuidarse del contacto inmediato.

Así, Gerardo de Alvear acusa con la *Danza en Primavera* y *Cuento* la inclinación manifiesta hacia el decorativismo, sin olvidar las sugerencias naturalistas. De él hemos dicho en otra ocasión: «Gerardo de Alvear es la fantasía con bien ahincados cimientos. Sueña y vive. Le brinca en las niñetas el gozo de paganas euritmias y de remotos mitos, mientras le caldea el corazón un hálito fuerte, espeso, de humanidad.

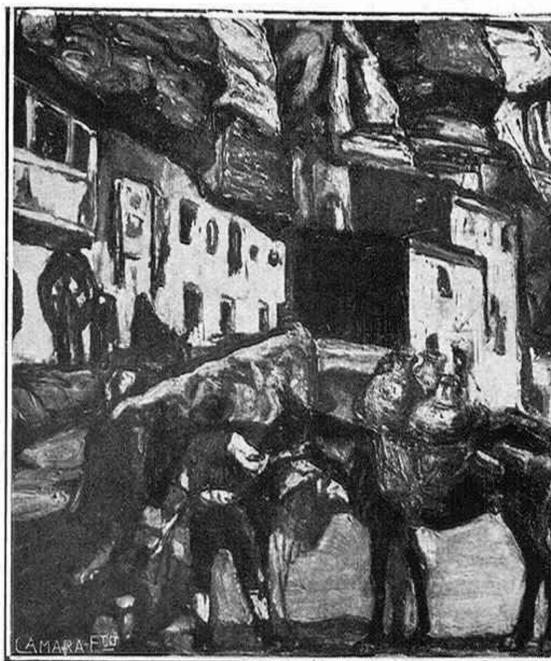
¿Es un realista? ¿Es un decorador?

¿Y por qué no ambas cosas á la vez? Como esos ágiles saltadores que afianzan los pies en la tierra antes de trazar con el cuerpo una gallarda elipse á contracielo, este pintor ve el dolor y la miseria en rostros condenados en existencias irredentes para luego evocar temas pretéritos ó exóticos.»

Nada habrá que quitar á esta opinión de hace cuatro ó cinco años. Incluso el tríptico *Danza en Primavera* ya se abocetaba en aquella ocasión, y venían á culminar en él las preferencias y las influencias germánicas indudables en la obra de Alvear. El catálogo nos le promete, además, paisajista. Y seguramente habrá llevado á la interpretación de la Naturaleza ese espíritu de selección, de armonía y de buen gusto que pone en sus asuntos decorativos sin descuidar el ansia de veracidad que le acucia frente á los tipos casi ofensivos de tan brutal humanidad otras veces.

Gutiérrez Solana exponía *Cargadores de vino en Dueñas*, *El zapatero de portal*, *Calatayud* y *Sacamuelas*.

Es, por lo tanto, el Solana costumbrista, no el árido satírico de otras ocasiones, el que ha visto Santander otra vez. No el Solana de los momentos acres, los sórdidos episodios ó los



«Calatayud», por J. Gutiérrez Solana

cruces cauterios. Pero siempre el Solana colmado de profundidad elocuente, de vigor constructivo, de observación minuciosa, el ungido de clasicismo sin daño para su coetánea palpación espiritual con su época.

También de Angel Espinosa hemos dicho en otra ocasión: «Los retratos de Angel Espinosa salen á nuestro paso con el legítimo avance de las obras bien construidas y bien orientadas. Son, como sus versos, una afirmación de originalidad sin dislocamiento de las normas pretéritas.

El color entra dentro de dibujo como en los cuadros de ayer, y esto le da ese aire de fortaleza, de seguridad en sí mismo, de que blasonan con motivo justo.»

Retratos y paisajes son sus envíos á la II Exposición del Ateneo Montañés. Por ellos ha pasado un período de intensa producción poética del Espinosa escritor sobre el Espinosa pintor. Hay libros plenos de sensibilidad y de emoción. Así, inevitablemente, el artista se sometería al implacable análisis del poeta. Y los retratos, los paisajes, sin perder nada de lo que ya tenían los anteriores, han adquirido una tendencia sintética que les depura más todavía.

Creemos adivinar en Jesús Varela y en José Santamarina—bien antagonicos, sin duda alguna—la posibilidad de un montañesismo pictórico ajustado á las figuras, las cumbres y las costas de su región. Ciertamente que no sabemos de ellos por ahora sino las pruebas fotográficas de sus cuadros y los títulos catalogados; pero mientras el Sr. Santamarina—aparte de un *Desnudo* bellamente resuelto y de dos retratos—se inclina á la pintura de paisaje, concretándose á la parte marítima de Santoña y Laredo, Jesús Varela busca los modelos humanos en las gentes humildes del campo ó de los tristes lugares de la ciudad, como en su cuadro *El Asilo*.

Ricardo Bernardo, autor de aquella obra *Los piteros*, que le reveló primero á Santander y luego á Madrid, está ya seguro de su trayectoria. Encontramos en él una personalidad cuajada y

firme. Su paso por el grupo juvenil de los paisajistas del Paular no le ha desvirtuado. Al contrario: le amplió su consistencia constructiva despojándole, en cambio, de cierta rigidez que tenía al principio. Hoy ese retrato de Conchín, como el de la señorita de Iturrioz ayer, señalan un admirable comprensivo—delicadísimo y enérgico á la vez—de la figura femenina. Estamos seguros de que habremos de hablar muchas veces y siempre con elogio de este pintor.

Y, finalmente, Francisco Gutiérrez Cossío. El más discutido de todos, el que ha puesto en la placidez tradicionalista de su región los jalones de nuevas rutas.

Antes que en el Ateneo de Santander, estas pinturas sensibles y radiantes de Cossío se expusieron en el Ateneo Madrileño. No se comprendieron del todo, aunque no les faltó sus apologistas.

Reparemos hoy la involuntaria falta.

Cossío, á pesar de las etiquetas que transitoriamente pueden ponerse á su pintura, es un artista dotado de extraordinarias facultades. Absolutamente desligado de toda vulgaridad, tiene, como pocos pintores actuales, el sentido del ritmo, sin ostentación ni alarde. Es, por el contrario, algo espontáneo, fluido, graciosamente desenvuelto, que da la idea de las curvas, de las nubes, del mar, de la mujer, de los árboles y de la música sinfónica, aunque no atañen ni se refieran á paisajes, desnudos ó inmateriales elucubraciones.

Esta cualidad eurítmica, esta capacidad para concebir sin violencia ni dolor los más bellos arabescos, da al arte de Cossío el encanto fundamental. Nada por ende duro ó rígido en su línea, ni el más pequeño tropiezo contornal ó dintornal en sus formas. Todo, por el contrario, fácil, claro, armonioso.

Otra cualidad: el color. El color en Cossío es esencia de la luz finísima á que aludíamos antes en una posible preferencia por las escuelas norteñas. Grises de imponderable delicadeza hasta acerada brillantez; tonos austeros que casi se atreverían á modificar la escala de los colores primarios; medios tonos de una suavidad infinita, donde diríanse desleídos ópalos y perlas.

Otra cualidad: la superación, la esquematización elevada de los temas. Hace episodios de mar, de puerto y de muelle; pero no con la densidad áspera de otros pintores, sino con la serenidad sintética del que sabe que no importa ni la curiosidad por el localismo, ni las notas de empadronamiento municipal del modelo.

Le basta con la situación lumínica. Del Norte, de su Norte cántabro, pero factible de fundirse con toda la enorme potencialidad sugeridora de las comarcas nórdicas, estos pescadores y esas arquitecturas curvas y angulares de las embarcaciones y esos cielos pálidos y esos mares oscuros. Y del Norte, los hombres macizos y las rubias casi etéreas que se mueven como apariciones ó como añoranzas corpóreas entre los ritmos radiantes de las masas y de las líneas.

Completaban la Exposición de Santander las secciones de dibujo y caricatura, donde había obras de Acha, Alvear, Espinosa, López Hoyos, Mirapeix, Noval, Rovira, Flavio, Felices, Rive-ro Gil, y la de arquitectura, con envíos de los Sres. Corona, Huidobro, Lavín y Quintanilla.

José FRANCES



«Laderas del río Luena», por Agustín Riancho



«Danza en Primavera», tríptico por Gerardo Alvear

LA VIDA ARTÍSTICA EN BARCELONA

EXPOSICIÓN DE DIBUJOS DE ARTISTAS ESPAÑOLES



Dibujo de R. Casas

CUALESQUERA que sean las corrientes impulsoras en cuyas savias las artes evolucionan, siempre el dibujo será áncora salvadora para todas las normas.

Con frecuencia así se va demostrando con la profusión de ilustraciones y con exposiciones varias.

En los salones de «El Siglo», los tres amplios departamentos, que han sido pequeños templos des-

tinados á la contemplación de dibujos, se ha tenido buen cuidado de clasificar á los originales, distribuyéndose de manera que no riñeran batalla los de carácter naturalista con las fugaces impresiones, los trabajos al simple lápiz con los coloridos.

Debe quedar de manifiesto que acudieron en gran número los expositores y abundaron los dibujos notabilísimos tanto en la forma humana como en paisaje, marina, interiores, composiciones humorísticas y en las de carácter decorativo.

De todo ha habido, y bueno, formado por un conjunto de ideas, de verdad y de fantasías que la noble hermandad de nuestros artistas, con la simplicidad propia del dibujo, ha hecho interesar vivamente, en esta ocasión, además del mérito de lo expuesto por la unidad de formas de allá y de aquí.

El grupo que hace profesión de fe al retener el natural lo avaloran:

R. Casas, N. Raurich, D. Baixeras, J. Vidal Quadras, M. Vilomara, R. Verdugo Landi, S. Alarma, C. Vázquez, L. Barrau, M. de Madrazo, C. Clarasó, J. Pahisa, M. Peña, C. Balmás, A. de Ferrater, M. Texidor, F. de Cidon, C. Blanes, J. Baixas, R. Borrell, R. Teixé, F. Masriera, C. Baró, P. Sabaté, R. Costa, A. Cardunets, F. Sans Castaño, E. de Lasarte, D. Vilás, M. y L. Oslé y L. Viera.

Los dibujos impresionistas ostentan la paternidad de:

R. Picasso, J. Segrelles, R. Opisso, A. Farré, R. Verdugo Landi, J. Barranechea, L. Fernández y G. Prieto.

La nota decorativa la aportaron:

P. Capuz, Fray Galán, M. Baldrich, López Morelló, E. Ochoa, J. Borrell, E. Gener, L. de Oms, F. Arola.

Y el cachet de humorismo fué traído por:

Costa (Picarol), J. Márquez, R. Opisso, P. Torné, Esquius, L. Brunet, V. Moragas y M. Cardona.

En una de las salas dispúsose una colección



Dibujo de Vidal y Quadras

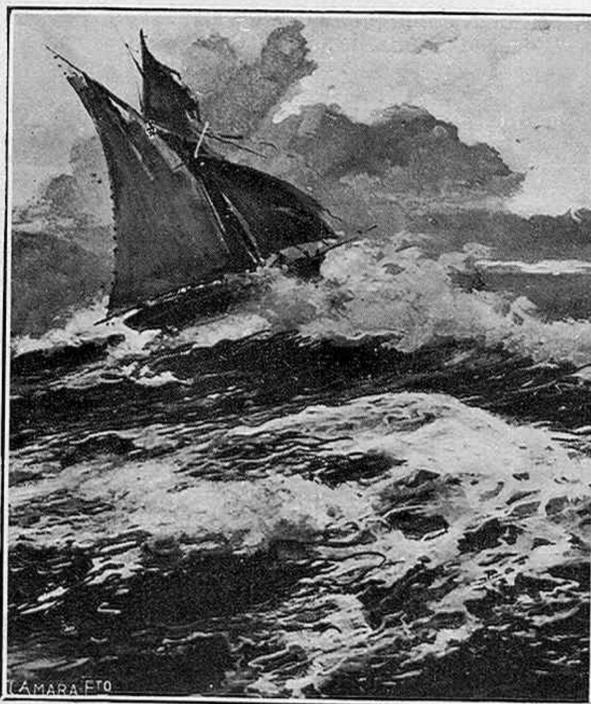
de dibujos de artistas desaparecidos. Tributo de reverencial afecto y compañerismo.

Reuniéronse *recuerdos* en un ambiente reposado, evocador de la época isabelina, con el intento de que aquellos dibujos pudiesen sostener todo su carácter.

Admirándonos ante las genialidades de Fortuny, Madrazo (F. de), S. Gómez, Soler y Roviroso, Gosé, J. L. Pellicer; la gracia atrayente de E. Planas, M. Moliné, Gómez Soler, Fradera, F. Domingo y Lloveza, M. Foix, J. Sala, N. Vázquez, C. Plasencia, Eriz, Grau, Cabrinetti, Agrasot. Que constituyen una respetable representación de dibujos á partir del año 1860.

No sólo se expusieron dibujos en la Exposición colectiva reseñada: también se destinó un departamento á escultura. Pocos ejemplares, pero de selección.

Un retrato en bronce, de D. Dionisio Conde, por M. Benlliure, que es una obra de factura personalísima, donde la ciencia de modelar, el acierto de la visualidad y el total del plinto, extraordinariamente señorial, hace que se contemple este busto con muestras de satisfacción y digamos: «Que siga la racha...»



Dibujo de R. Verdugo Landi

Del malogrado Querol, un fragmento en mármol de la estatua *Tulia*, la mujer de perverso corazón y de facciones pronunciadamente contraídas por la ferocidad.

Luciano Oslé demuestra en la escultura mística excelentes condiciones, ya que en *Entierro del Señor* se presenta seguro de sí mismo, tanto en la composición como en la polí-cromía, que es notable; lo mismo hay que decir de una cabeza de niña, perfecta interpretación del natural.

Una pequeña figura de mujer clásica, en bronce, firma Coullaut Valera, que cautiva por el aire, garbosidad española, y un retrato asimilado en bronce, del joven D. Manuel de Foronda, modelado con justeza por Pérez Comendador, de quien esperamos grandes y meritísimas producciones, finalizan la sala.

En otros compartimentos exponen los pintores Eduardo Jener y Hugo Staccioli.

Ambos notables por la fuerza de color, y ambos opuestos.

Jener busca su definitiva orientación en las Islas Baleares, y, enamorado ferviente de aquellas áureas visiones, se extasia ante ellas, sin olvidar la manera de interpretación de Meifrén, saliendo airoso de su cometido.

El otro expositor es un artista que siente la pintura con exaltaciones, y lo mismo interpreta el paisaje de Italia que estudia las gitanas españolas; por igual copia paisaje grisáceo que retiene calles engalanadas...

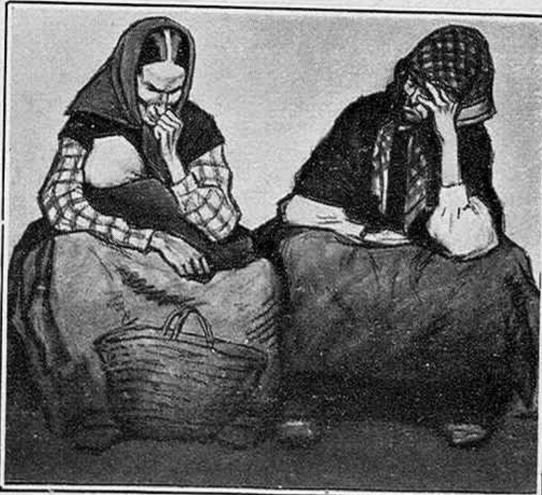
Hugo Staccioli es un pintor de temperamento equilibrado, y en cuanto haya dado con su tema será una personalidad.

ACUARELAS DE MARTÍ TORRENTS

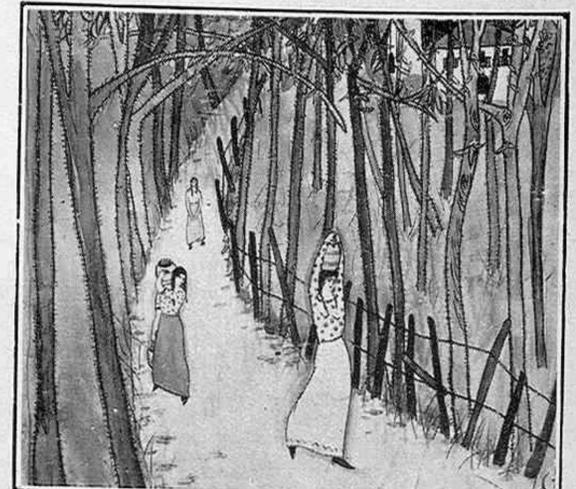
Como acuarelista es el pintor de más temple que ha expuesto entre nosotros. Sus *manchas*, que tiene de manifiesto en el Salón Parés, son sencillamente admirables por su construcción, por sus finezas parecidas á las de la porcelana y por su aparente facilidad. Destierra con un procedimiento las prácticas acuarelisticas que convenía evolucionaran, y este artista, con sus valentías briosas, obra santamente.

Así, pues, Martí Torrents es el evolucionista que deseaba la venerable acuarela, con cuyo motivo este procedimiento rejuvenecerá cumplidamente.

JOAQUÍN CIERVO



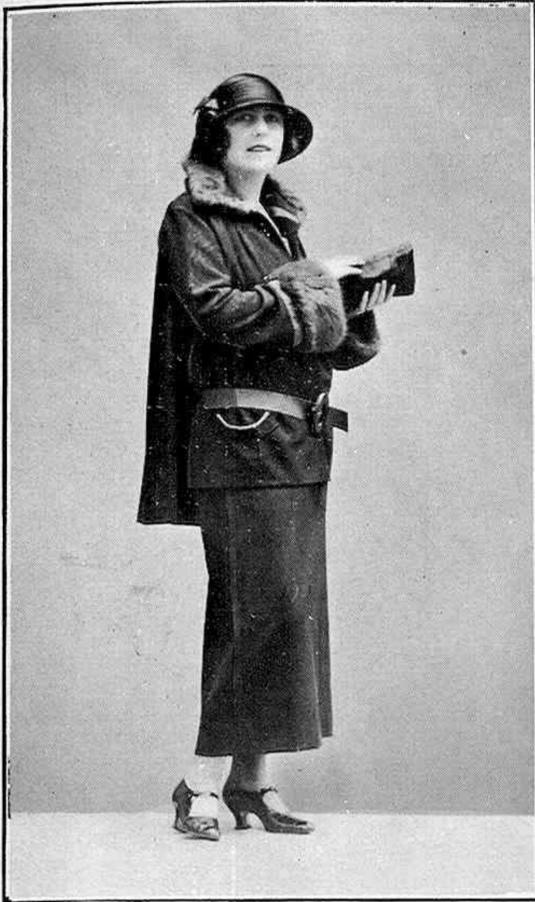
Dibujo de Opisso



Dibujo de Gregorio Prieto

LA MODA FEMENINA

(DEL EPISTOLARIO DE UNA MUJER SENTIMENTAL)



Traje de «moiré» de lana color azul marino, con bordados de plata y guarnición de piel

Londres, Octubre de 1923.

Mi querido amigo: ¿Ha presenciado usted alguna vez una buena partida de fútbol? Seguramente no. De otro modo, no se reiría usted de mis nuevos entusiasmos. Y si el contemplar á dos bandos disputarse el honor de vencerse en buena lid, animados por los *hurrahs* de miles y miles de espectadores enloquecidos—como ocurrió ayer en la partida anual de las Universidades de Oxford y de Cambridge—, produce calofríos y ansias mortales, porque, insensiblemente ó por tra-



Abrigo de «marocain» brochado, color habana, guarnecido de «mongoli beige»

dicional lealtad, todos los presentes sienten predilección por un lado, ¿qué será cuando la atención general queda embargada por el juego magistral de un solo hombre, en cuya pericia confían ciegamente sus compañeros, porque, una y otra vez, se le ve salvar el honor deportista de la secular Universidad y añadir un laurel más á los muchos conquistados en otras épocas?

Y cuando ese hombre la ama á una; cuando se sabe que todo su esfuerzo es un ofrecimiento; cuando se tiene la certeza de que dispone una de su felicidad y que una sonrisa nuestra significa, para él, más que todos los vítores y las alabanzas, ¡ah!, entonces se gusta un placer incomparable, único en el mundo...

Desde ayer me explico también el amor que á la mujer inspiran los «ídolos populares». Nada hay que sugiera tanto como la opinión. Y el caso es que me da cierta vergüenza confesar que he caído víctima de esta vulgar debilidad, yo, que siempre tuve el afán de pertenecer á las minorías. Estas son, desde luego, más aristocráticas; pero... ¿y la fuerza avasalladora, grandiosa, primitiva de «la masa»? Llegado á este punto, creo deber de amistad proseguir la confesión, mejor dicho, el relato—¿para qué humillar y dar un aspecto mezquino á lo que en realidad me enorgullece?—de la historia de mis amores con Charles, el cual se declaró formalmente hace tres días, si declaración puede llamarse el que un hombre, á la hora del té y hallándose una sola con él hablando de *sport*, enmudezca súbito, murmure algo acerca de que el amor es más importante que el juego, y se marche luego de asegurar que volverá al día siguiente para fijar fechas.

Puedo jurar que esto ha sido el único preliminar que han tenido nuestras relaciones. Al día siguiente volvió armado de una colosal caja de bombones; se dirigió á la tía Adelaida, que le miraba atónita, por ignorar en absoluto de lo que se trataba; le dió las gracias con efusión conmovedora, y volviéndose á mí, me contempló con una adoración y confianza tales que, la verdad, no tuve valor para desengañarle. Tampoco sentí deseos de hacerlo, porque, lo repito, creo sinceramente que me he enamorado.

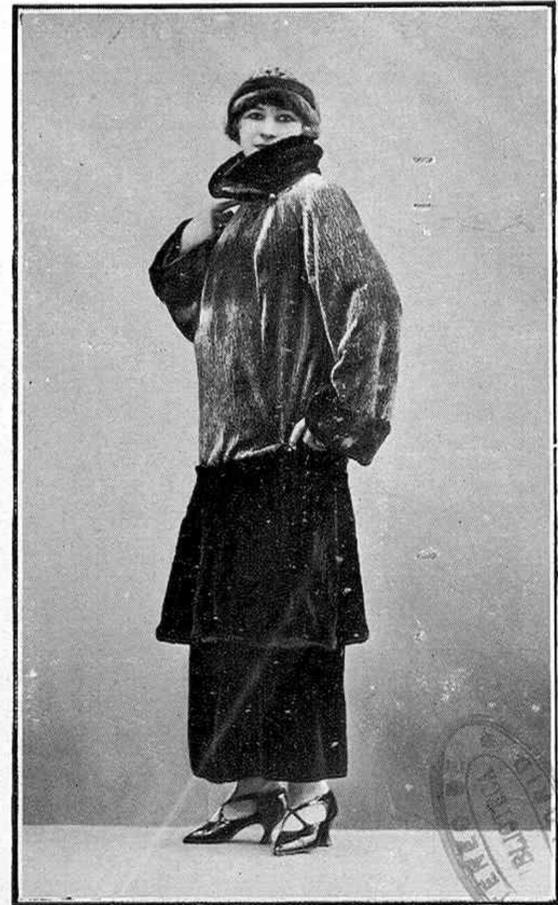
El problema ahora es: ¿qué hacer de Edgar? Realmente, es tremendo sacrificar lo que él sacrificó: diversiones y comodidades, única y exclusivamente para traerme una fortuna, y que á última hora, con fortuna y sin ella, le rechace yo. Pero ¿qué voy á hacerle? El azar es dueño y señor nuestro, y, á fin de cuentas, el amor, cuando es *amor*, manda. Por eso, aun cuando no sé cómo voy á explicar lo ocurrido á Edgar, ni cómo recibirá él mis excusas, no me preocupa lo uno ni lo otro.

Entre otras cosas, porque no he tenido tiempo. Hay que ver lo que supone el leerse la Prensa todos los días, por si en ella hay algo relacionado con el fútbol. Acompañar á Charles cuando está libre y escribirle cuando está ausente; cosa que en este tiempo ocurrirá con frecuencia, porque tiene comprometidas muchas partidas, y, sobre todo, cuidar mi *toilette*. Ya le dije en mi última que á Charles le gusta que la mujer vista muy bien.

Por exagerar la nota «novedad», iba á llegar al extremo de cortarme el pelo y llevarle, no con melena ondulada, porque eso ya está completamente *demodé*, sino pegado á la cabeza, como los hombres, sin el menor rizo, y peinado con raya al lado ó echado hacia atrás. Charles se opuso. En cambio, muéstrase encantado de que me haya decidido á obedecer ciegamente los mandatos de la Moda. ¡Ay de mi afán de personalidad! Al encargarme un modelo que es el *non plus ultra* de la novedad, una camisa recta de crespón, color de tabaco, ceñida á la altura de las rodillas por una banda de piel oscura, bajo la que se prolonga el traje por medio de un volante plegado del mismo material que el vestido. Es un modelo que exige una gran quietud de movimientos y una delgadez poco menos que esquelética; pero... poco importa. Ser «*chic* y morir», ese es mi lema del momento.

Tengo en proyecto otro encargo de un traje de noche, de seda rosa muy pálido, bordado todo él en perlas y rematado al pie por un volante nesgado orlado de chinchilla.

Esta devoción hacia los modelos rectos y estrechos no ha dominado en absoluto mi predi-



Abrigo de terciopelo de Esmirna rojo y grjs, con amplio adorno de piel

lección por las faldas ampulosas. Claro es que no debo usarlas más que en aquellas ocasiones en que puedo permitirme el lujo de ser *individualista*. Tengo para ellas un traje de tarde, inspirado en un modelo de un modisto famoso, y consistente en un viso estrecho y recto de terciopelo negro, sobre el que se explaya como un gigantesco abanico de terciopelo azul, bordado en cuentas de acero, que le sirve de falda. Una verdadera delicia. Las mangas, como se llevan casi todas, estrechas y largas.

Pero es muy tarde y no puedo seguir. Hasta... mi próxima.



Salida de teatro, de raso negro, forrada de cachemira de seda

ESTAMPAS ESPAÑOLAS

LA BUENA LOCURA

Allí mismo, á la salida del pueblo de la vieja Castilla, donde los altos álamos decoraban las pobres márgenes del río que se deslizaba entre cerros ocres y mondos, se despidieron diez años antes.

Aún no tenía veinte Ernestina, y era alta y jarifa, de gallardo y severo empaque señorial.

El rostro blanco y redondo como una hostia de pureza; los ojos claros, dignos del madrigal de Cetina; el pelo negro como tallado en ébano; el cuello mórbido y robusto de hembra sana; la mirada grave; la boca fina y noble, de discreta y de santa...

El, Juan Manuel Muguía, rayaba en los veintitrés años. Hijo de hidalgos, no quería descender á cultivar la tierra como un villano, y carente de fortuna, corría á buscarla lejos.

Se despidieron en aquel sitio, lejos ya de las casucas

del pueblo agricultor, una tarde de otoño, bajo el cielo turbio color de acero, al pie de los altos álamos que el viento hacía gemir como gigantes arpas...

—¿Me esperarás siempre, Ernestina?—le preguntó él, trémulo de emoción...

—Te esperaré, Juan Manuel. Soy tu prometida.

Y desde aquel día en que marchó el novio, todos los vésperos, cuando la diligencia tornaba de la estación lejana, el mayoral divisaba al pie de la carretera, junto al río, cabe los altos álamos, la figura de Ernestina, la novia de Castilla que esperaba el retorno de su amor...

Pasaron meses, que contaron años. La virgen campesina no desesperaba.

Un día, alguien, brutalmente, ciegamente, le dió la noticia.

—No esperes más, Ernestina. Noticias que trajo un forastero dicen que tu Juan Manuel ha muerto...

No lloró, no parpadeó la cuitada. Alma de hierro para el amor y la esperanza, recibió la cruel lanzada sin estremecerse.

Y á la tarde siguiente, como todas, Ernestina acudió á la carretera, junto al río, cabe los altos álamos, bajo el cielo acerado del véspero.

—¿Qué aguardas, Ernestina?—le preguntaban.

—Espero á Juan Manuel. ¡Soy su prometida!...

Unos reían. Los más teníanla compasión: era la moza loca, la loca buena, resignada y triste, que hay en tantos pueblos de Castilla, la madre santa de héroes y de locos...

*Vendrá tu corazón...*

*Vendrá tu corazón como el rocío
de la noche serena, como el vuelo
fragante de las flores, como el río
en donde posa su mirada el cielo.*

*Es tu recuerdo cual jardín umbrío
en el que día y noche por ti velo.
Tiene mi corazón el desconsuelo
de algo que es tuyo y á la par es mío.*

*Vendrá tu corazón lleno en la brisa
de esta noche sublime. Lejos queda,
bajo el cielo fantástico, tu sombra.*

*Llega tu corazón. Es la sonrisa
que baja con la luna á la arboleda,
en donde el beso de su luz te nombra.*

Rafael LASSO de la VEGA

Y era la loca la única que no se equivocó. La fe que le robó la razón pareció darle una sobrehumana clarividencia: era falsa la noticia triste, y Juan Manuel no había muerto.

Diez años después, una tarde llegó al pueblo, no en la vieja diligencia renqueante, sino en un magnífico automóvil, lujo conquistado con su fortuna.

Con él venían una dama elegante—su esposa—y dos hijos de su amor...

El automóvil se detuvo ante la figura enlutada de la loca; la loca de pálido rostro blanco y redondo como una hostia, que esperaba á la salida del pueblo...

Juan Manuel reconoció á la novia de los años mozos, y saltó á tierra, risueño, contento... Tras él se apearon sus hijos, saltando alegremente.

—¡Ernestina!—la llamó él—¿Qué haces aquí?

Ella, como siempre, dilató en una dulce sonrisa su boca fina de santa;

contempló, indiferente, al hombre de grises cabellos que la interrogaba, y respondió:

—Espero á Juan Manuel... ¡Soy su prometida!...

—¡Pero mujer!—exclamó él, sorprendido, con el cruel egoísmo del que olvidó—¡Juan Manuel soy yo! ¿No me conoces?

Ernestina tornó á sonreír, dulcemente, santamente:

—No... Espero á Juan Manuel. ¡Soy su prometida!...

Una mujeruca se acercó al grupo:

—¡Dejela, señor! ¿No sabe que está loca?

En el alma del hombre hubo un temblor de emoción, y calló acongojado.

Mientras, Ernestina, tornada á su quimera, contemplaba el camino por donde había de volver su amor.

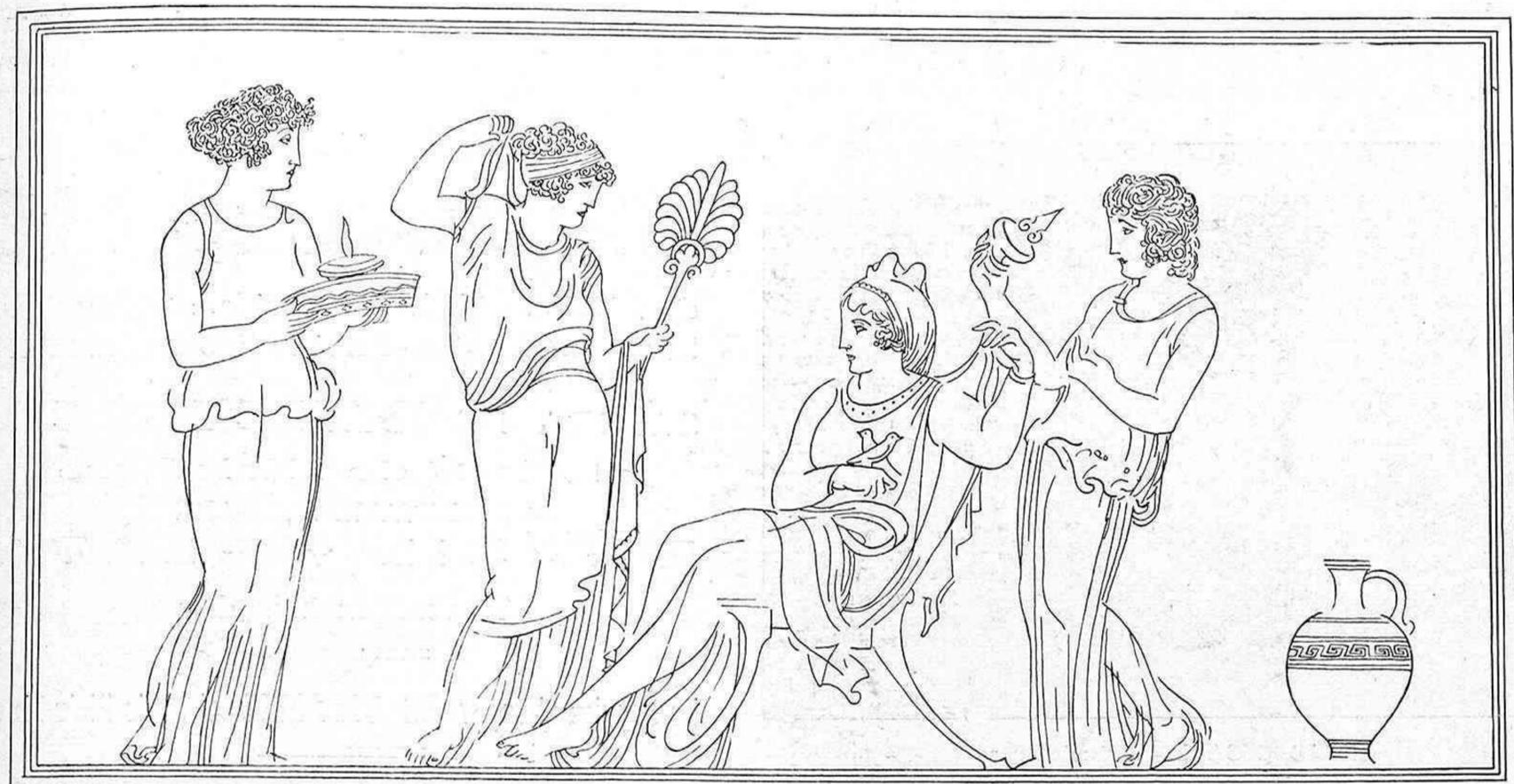
La realidad no le importaba, no la veía... Los ojos de su fe sólo miraban á su ensueño, el ensueño de la buena locura que le permitía esperar, esperar siempre, dulcemente, santamente...

Bendita locura que cegaba sus pupilas á la traición, á la crueldad, al desengaño de lo real...

Como aquella tarde, como siempre desde hacía diez años, junto al río, cabe los altos álamos, la novia fiel, la hembra de Castilla, loca y santa, esperaba al amor en la hora inefable y maravillosa del véspero, bajo el cielo color de acero, como su fe, como su alma...

JUAN FERRAGUT

DIBUJO DE OCHOA



La ideal belleza griega
a que toda mujer aspira, es obra
de la Naturaleza; pero use usted

Jabón Heno de Pravia
Agua de Colonia Añeja
Polvos y Crema
Flores de Talavera.

Adquirirá un encanto mayor que
la perfección de las líneas; la fra-
gancia, la blancura nivea, la sua-
vidad de terciopelo del cutis.

Jabón Heno de Pravia, 1,50 pastilla.
Agua de Colonia Añeja, 2,50 frasco.
Polvos Flores de Talavera, 3,50 caja.
Crema Flores de Talavera, 4 ptas. tarro.

De venta en toda España

Perfumeria Gal.-Madrid.

Navigazione Generale Italiana

GÉNOVA



GIULIO CESARE.—Salón de fiestas

El lujoso y rápido transatlántico

GIULIO CESARE

de 27.000 toneladas.—Velocidad: 20.84 millas hora.—A 4 hélices.—Servicio tipo Grand Hôtel

SALDRA DE **BARCELONA**
el día **8** de Diciembre

DIRECTAMENTE PARA
BRASIL Y PLATA

Travesía en 12 1/2 días

Le seguirá el vapor **RE VITTORIO** el 12 de Diciembre

"**LA VELOCE**" —Para Centro América y Sud Pacífico, vapor **VENEZUELA**, que saldrá de **Barcelona** el **24** de Noviembre

Para toda clase de informes, dirigirse á los agentes generales en España

ITALIA - AMERICA

BARCELONA R. Sta. Mónica, 1 y 3 Teléfonos 32-91 A. y 45-21 A.	MADRID Calle Alcalá, n.º 47 Teléfono 61-28 M.	SAN SEBASTIAN Calle Oquendo, n.º 7 Teléfono 18-34	ZARAGOZA Plaza de Sas, n.º 5 Teléfono 16-73
--	--	--	--

Está á la venta el número de este mes de la hermosa Revista

ELEGANCIAS

Suma y compendio de la novedad y la distinción
Precio del ejemplar: 3 ptas.

ROLDÁN

Camisería
Encajes

Equipos para novias
Ropa blanca
Canastillas
Bordados

FUENCARRAL, 85
Teléfono 35-80 M.

MADRID

Lea usted todos los miércoles **MUNDO GRAFICO**

Si respiráis

con una

PASTILLA VALDA

EN LA BOCA

os preservaréis
del FRIÓ, de la HUMEDAD,
de los MICROBIOS.

Las emanaciones antisépticas de este maravilloso producto impregnarán los recodos más inaccesibles de la Garganta, de los Bronquios, de los Pulmones, y los harán refractarios á toda congestión, á toda inflamación, á todo contagio.

NIÑOS, ADULTOS, ANCIANOS
Procuraos en seguida,

Tened siempre á mano

LAS VERDADERAS PASTILLAS VALDA

que se venden solamente en CAJAS
llevando en la tapa el nombre

VALDA

Fórmula:
Menthol 0.002
Eucalyptol 0.0005
Azúcar-Goma,

SULFHYDRAL CHANTEAUD de PARIS

a base de Sulfuro de Calcio puro muy eficaz para preservación y Tratamiento de la GRIPPE, ANGINA, BRONQUITIS, LARINGITIS, CATARRALES, SARAMPION, COQUELUCHE, VIRUELA.
DEPÓSITO EN LAS BUENAS BOTICAS y URIACH C^a, 49, Bruch, BARCELONA

SE VENDEN

los clichés usados en esta Revista. Diríjanse á esta Administración, Hermosilla, 57



La alegría de
vivir vuelve de nuevo.

La anemia, debilidad e inapetencia son a menudo la consecuencia de una alimentación inapropiada. La mala digestión impide que el organismo reciba las substancias necesarias para su desarrollo y fortalecimiento. Para estimular el apetito y mejorar la digestión emplee Vd. solamente

Somatose
! aperitivo y reconstituyente por excelencia.



EL MÁS PODEROSO

DE LOS



TÓNICOS

cuyo uso es indispensable durante los calores para combatir la falta de apetito y de las fuerzas.

VINO DE VIAL

QUINA, CARNE LACTO-FOSFATO de CAL

Conviene á los convalescientes, ancianos, mujeres, niños y todas las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS

IMPORTANTE

La Dirección de este periódico advierte que no se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos, sin excepción alguna

Al mismo tiempo, hace saber á los colaboradores espontáneos que no se publicarán otros trabajos, tanto literarios como artísticos, que los solicitados

PARA ADELGAZAR

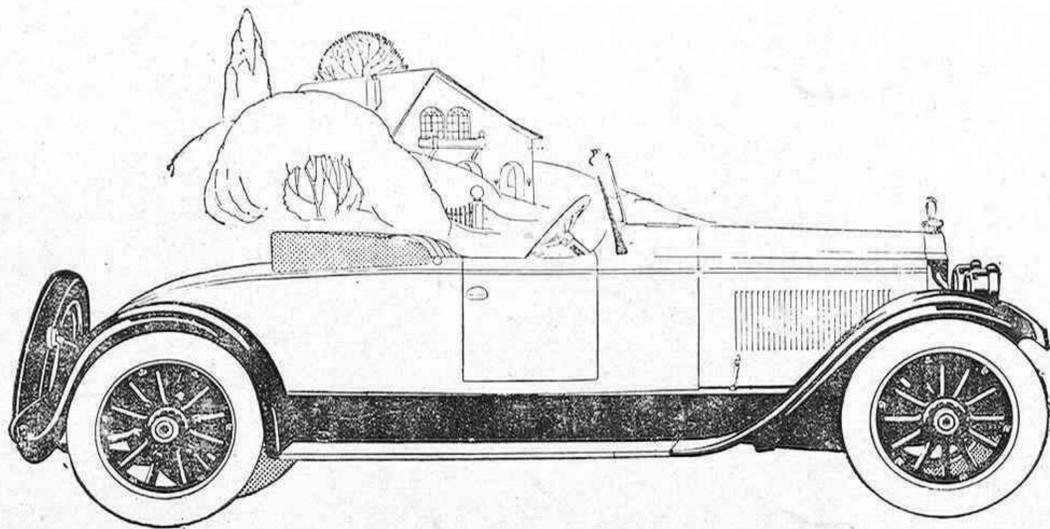
EL MEJOR REMEDIO
DELGADOSE PESQUI



No perjudica á la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina.

Composición nueva, desaparición de la gordura superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio "PESQUI", For correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.



PACKARD

EL nuevo Packard "Single Six" está construido aún en sus detalles más insignificantes, con aquellos ideales que han dado al nombre Packard, un significado de calidad y servicio, dondequiera que se estimen automóviles finos.

AUTOMOVILES PACKARD

Distribuidores exclusivos para España:
Paseo de Gracia, 87, BARCELONA
 Industria Automóvil, S. A., MADRID. — Sres. Ibarra, Arteché y C.^o, BILBAO
 D. Cristóbal Benítez, MALAGA. — D. J. Rubio Márquez, GRANADA. — D. Manuel Neira, VIGO

CAMION

MARCA

«MAGIRUS»

40 HP., cuatro á cinco toneladas de carga útil, **en magnífico estado**, con sus correspondientes bandajes macizos, completamente nuevos

SE VENDE EN CONDICIONES DE VERDADERA GANGA

Puede verse en el Garage Regina
General Pardiñas, 15



PECHOS

Desarrollo, belleza y enduramiento en 2 meses con **PÍLDORAS CIRCASIANAS**
 Doctor Brun

137 AÑOS DE ÉXITO MUNDIAL ES EL MEJOR RECLAMO!
 6 pesetas frasco. Centros de específicos y principales Farmacias de Europa.

Lea LA NOVELA SEMANAL



"DIANA" Wideburg & Co.

Eisenberg, Sachsen-Altenburg 21 (Alemania)

Criadero y casa de venta de Perros de raza fina

Envío de todas las razas (Perros de lujo, de compañía, guardianes, de policía y de caza), con garantía de raza pura y arribo en buen estado de salud á todos los países. Se toman las mejores medidas de precaución para los envíos á Ultramar. Catálogos ilustrados, con lista de Precios, Ptas. 3. También se aceptan sellos de Correo.

Rogamos á nuestros corresponsales, suscriptores, anunciantes y á todas aquellas personas que se dirijan á nosotros para asuntos administrativos, extiendan la dirección en el sobre en la siguiente forma:

Prensa Gráfica

Apartado 571

MADRID

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

